



Gonzalez Ríos, Francisco

## Notas para una psicología de la personalidad

---

### Revista de Psicología

1967, vol. 5, p. 49-86.

Este documento está disponible para su consulta y descarga en [Memoria Académica](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar), el repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata**, que procura la reunión, el registro, la difusión y la preservación de la producción científico-académica editada e inédita de los miembros de su comunidad académica. Para más información, visite el sitio

[www.memoria.fahce.unlp.edu.ar](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar)

Esta iniciativa está a cargo de BIBHUMA, la Biblioteca de la Facultad, que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados. Para más información, visite el sitio

[www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar](http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar)

#### Cita sugerida

Gonzalez Ríos, F. (1967) *Notas para una psicología de la personalidad*. [En línea] *Revista de Psicología*, 5, p. 49-86.  
Disponible en: [http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.887/pr.887.pdf](http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.887/pr.887.pdf)

#### Licenciamiento

Esta obra está bajo una licencia Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina de Creative Commons.

Para ver una copia breve de esta licencia, visite

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>.

Para ver la licencia completa en código legal, visite

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode>.

O envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.

# NOTAS PARA UNA PSICOLOGÍA DE LA PERSONALIDAD

Francisco González Ríos (\*)

---

Más que proponernos desarrollar un tema, en este trabajo nos hemos trazado un itinerario. Este responde a una motivación que aspiramos sea comprendida a partir de las siguientes formulaciones

— No parecen ser del todo convincentes los argumentos que se esgrimen a fin de fundamentar una psicología de la personalidad que para ser científica tenga que ser antifilosófica.

— No resultan del todo admisibles los intentos que ensayan mostrar que personalidad es tema exclusivamente filosófico con prescindencia de las aportaciones científicas basadas en el comportamiento.

## I

La relación sujeto-objeto emerge como dato inmediato de la experiencia humana. En cuanto tal, tiene la virtud de abrir una gama de severos interrogantes en estrecha conexión unos con otros, vale decir, instaurar una problemática.

Como dato de la experiencia no puede escapar nunca a los intereses de la Psicología, cualquiera sea la teoría y las hipótesis obligadas que ella e ensaye. Sin embargo, no es de incumbencia de la Psicología, como disciplina, trascender esta cuestión en procura de soluciones más o menos aceptables. Ello excede o sobrepasa las fronteras de su campo, como se declara taxativamente en la heurística que señala división de pianos para la investigación científica.

Resulta entonces que es, formalmente, más correcto asignar a la Filosofía la indagación pertinente a la relación sujeto-objeto sin que importe aquí y ahora calificar el sistema. Puede decirse que desde la Antigua Noética y la moderna Gnoseología hasta la actual Axiología el problema fue cedido a los filósofos. Obviamente, en ninguna de estas disciplinas filosóficas la cuestión sujeto-objeto pudo ser encarada sin entablar estrechos vínculos con la Ontología y con la Metafísica, aun en el caso de que solo fuera para negarla.

Cabe destacar también que la Filosofía nunca se desentendió del problema del hombre y por ende tuvo siempre que tenerlo en cuenta al abordar la relación sujeto-objeto, pero en la época actual han surgido con firme pretensión de autonomía la llamada Antropología Filosófica así como la llamada Filosofía de la Existencia y es oportuno señalar que hacia ellas se ha desplazado como real centro de interés el tema a que venimos haciendo referencia.

La relación sujeto-objeto ha circulado bajo el ropaje de otras denominaciones, por ejemplo, como relación Yo-Mundo, Persona-Sociedad, Hombre-Mundo, etc., y con frecuencia tales formulas se han utilizado en planos distintos, lo cual ha acarreado no pocas discusiones y hasta confusiones. Afortunadamente, tenemos hoy claves heurísticas depuradas como para resolver equívocos provenientes de la confusión de planos. Así, puede citarse, a modo de ejemplo, la distinción entre lo "fáctico" y lo "normativo" como una de las que reviste innegable importancia para deslindar planos y fijar perspectivas conceptuales y valorativas en la investigación.

La equívocidad de los términos y las confusiones de planos afectan, como es fácil advertir, a todos los dominios del saber referidos a la experiencia humana e interesados en esclarecerla y explicarla. La complejidad misma del hombre así lo determina, o al menos predispone, pero tal vez no sea osado decir que es en los dominios de la Psicología donde mas repercuten y más daño acarrear semejantes inconvenientes. Esto se ve especialmente en el arduo problema de la personalidad, donde la unilateralidad de enfoques trae consigo serios tropiezos que culminan en inconciliables teorías. Es a este respecto que podemos señalar como hartamente infecundas las disputas entre investigadores reacios a la filosofía e investigadores más bien proclives a integrar la cuestión de la personalidad en una visión filosófica del mundo. En este orden de cosas vemos que la relación sujeto-objeto es como una suerte de virus morbigeno que afecta desde sus bases a la investigación que concierne a la personalidad, pues siempre se nota la presencia de esquemas apriorísticos que son los que gravitan y llevan, por lo general, al resbaladizo terreno de la controversia entre *determinismo y libertad*. En verdad, parece imposible sustraerse a esta suerte de aporía.

No vamos a discurrir ahora sobre esta aporía, simplemente la señalamos como al pasar, pero ella nos invita a recordar que Nikolai Hartmann, precisamente en lo que hace a la relación sujeto-objeto, lleva adelante una investigación gnoseológica a partir del reconocimiento y admisión de ciertas inevitables aporías. <sup>(1)</sup> Tal vez, pensamos nosotros, sea este un punto de vista más sabio —por ende más filosófico— que el opuesto, un poco parecido a la actitud del avestruz. Contar con esta aporía nos parece fecundo para los posibles desarrollos de la disciplina que debe encarar el problema de la personalidad, de manera que resulten claros *el horizonte de comprensión y sentido* (lo filosófico) juntamente con *los itinerarios y previsiones que se puedan obtener* (lo científico) .

Al filo de esa problemática —que solo hemos querido enunciar someramente pero cuyas resonancias es imposible evitar— surge ahora la necesidad de indicar el punto crítico con relación al cual nos moveremos. Este —decimos— permanece radicado en el terreno mismo que con reiterada frecuencia transita la metafísica. Semejante punto

crítico no es otro que la cuestión de los nexos y jerarquías entre la *unidad* y la *diferenciación*. Sin embargo, no queremos desviarnos del plan previsto abordar semejante cuestión *in abstracto*. Procuraremos entonces formularla en términos más concretos; nos gustaría decir en términos experienciales.

Una óptica como la adoptada muestra que la experiencia humana abre la posibilidad misma del *juicio tético o posicional*. Basta prescindir por un momento de toda significación alusiva al "que" para entender la experiencia humana como la *position du reel*. <sup>(2)</sup> Advértase que no se trata de la posición frente a lo real sino "dentro", o si se quiere "en" lo real. En la textura propia de la experiencia *emerge* el juicio tético como posición y este cala, por así decir, en la hondura misma de la relación sujeto-objeto. Es este mismo *emerge* el que desoculta una inextricable fusión entre la *unidad* y la *diferenciación*, es decir, algo más que un solidario abrazo de los términos mutuamente referido

Estas alusiones, axial consignadas, no pretenden ser sino eso, alusiones al *secreto de la implicación*. Desarrollar el tema llevaría a otros latitudes que no es del caso recorrer aquí. Nos basta esta simple alusión para formular un aserto que de lo contrario no adquiriría tan insospechado sentido. Afirmamos que *la experiencia humana, en su modalidad "posicional", muestra una abigarrada trama de implicaciones, las que solo son revelables a través de múltiples y diferenciadas formas de manifestación*. Si hacemos el esfuerzo de despojar a las palabras de su siempre pertinaz carga sensorial, podríamos decir que esto equivale a denunciar el vínculo que aproxima lo invisible a lo visible, esa *cuasi fusión* que tanto preocupó —en otros *visages*— a Maurice Merleau Ponty. <sup>(3)</sup>

Puede haber —sin duda las hay— grandes discrepancias en cuanto a la significación y valor de la Filosofía, pero que a ella concierne desentrañar las implicaciones ontológicas que denuncia la experiencia humana parece ser asunto en que coinciden los filósofos actuales. De modo similar, en Psicología hay innumerables teorías —hasta se habla de Psicologías—, pero cabe también reconocer coincidencias en cuanto a que las tareas se dirigen siempre a *describir, explicar, comprender* las manifestaciones de la vida psíquica en términos de conducta. De aquí se infiere la exigencia de enfoques distintos —sobre todo por lo que hace a la toma de posición o actitud, como diría Husserl— para la investigación de lo psicológico y de lo filosófico. Sin embargo, esta misma exigencia, que únicamente apunta al *deslinde*, no obliga a negar u omitir la *necesaria unidad* que debe mantenerse y en nombre de la cual aparecen precisamente las exigencias de deslinde.

Podemos mencionar ahora el conocido principio heurístico según el cual *lo psicológico no excede o sobrepasa nunca el plano de la óptica*. A esta previsión de importancia metodológica le asisten sobradas razones; pero con igual espíritu de previsión heurística y metodológica debe formularse que *lo filosófico, en su cabal sentido, es siempre*

*revelador de una intrínseca vocación ontológica*, gracias a lo cual la Filosofía sale renovada toda vez que se la quiere relegar a inferiores cometidos.

Las anteriores consideraciones aspiran, precisamente, a potenciar nuestro aparato conceptual de asedio al tema: Hemos partido de la *emergente* relación sujeto-objeto y fuimos conducidos a reconocer las implicaciones que allí se albergan en cuanto la experiencia humana es reveladora de una *inextricable fusión de unidad y diferenciación*. Oportuno será, entonces, presentar algunas ideas que sirvan a modo de guías, como quien advierte la necesidad de tender las redes solo después de haber reforzado las mallas.

—*Una primera idea guía*. Es forzoso reconocer que el pensamiento antiguo no se vio ante el apremio de tener que rescatar esa inextricable fusión de unidad y diferenciación a que aludimos. Las propias claves y el estilo mismo de aquel filosofar no vulneraban para nada los secretos de semejante unión. Pero la ciencia en el sentido que le damos hoy no tenía allí vigencia alguna.

—*Una segunda idea guía*. Es oportuno recordar que en etapas posteriores la *coincidentia oppositorum* de Nicolás de Cusa significó que era menester un denodado esfuerzo especulativo dispuesto a recobrar aquella unión, si bien no perdida al menos entonces seriamente amenazada. Un paso más y en los tiempos modernos surge el consabido *cogito* cartesiano como testimonio de que, pese a las amenazas de disgregación, la filosofía no renuncia al mantenimiento del principio que ahora nos ocupa. Siguiendo la continuidad de este orden de ideas, todo invita a destacar igual sentido profundo en el concepto de "trascendentalidad", clave en la posición de Kant y en sus posteriores desarrollos a través de líneas programáticas iniciadas por él.

—*Una tercera idea guía*. Es innegable que surge una clara y explícita formulación de nuestro principio en las filosofías que vertieron sus aguas en el pensamiento romántico. Aparece como *leit motiv* predilecto, por ejemplo, en Schleiermacher y en Schelling. Similar intento y clara exigencia del mismo principio campea en el pensamiento dialéctico de Hegel; y no importa para nuestro propósito de aquí y ahora que en este caso la exigencia haya sido de estricto corte racional, mientras que en los anteriores se haya apelado a la fuerza omnicomprensiva de lo irracional.

—*Una cuarta idea guía*. Las reacciones frente al idealismo —entiendase hegelianismo—, sobre todo las que iniciaron el programa de las llamadas filosofías de la vida, fueron celosas guardianas de este principio. En la vida misma hallaron el modelo más indicado para mostrar el secreto en que se fusionan la unidad y la diferenciación. Para decirlo mejor, mostraron hasta sus últimas consecuencias que la vida solo se comprende en *su constante diferenciación sin que por ello resulte abolida su interna y dinámica unidad*.

—*Una quinta idea guía*. En la filosofía actual corre por las venas de la Fenomenología, y

sobre todo en la tesitura común a las distintas posiciones de la filosofía de la existencia, igual exigencia de mantenimiento de nuestro principio fundamental. Sea en los interrogantes que abre *el encuentro*, o en las relaciones que se ocultan y desocultan en la trama de la *subjetividad* y la *objetividad* (según esquemas husserlianos), sea en los análisis de la estructura temporal e histórica de la Existencia (tributarias casi siempre del pensamiento heideggeriano), es innegable que se aspira a recobrar o defender este mismo principio del que venimos hablando. Esa inextricable fusión de unidad y diferenciación se constituye en centro eje de las indagaciones a tal punto que, por debajo de la relación sujeto-objeto, la estructura misma de la existencia pasa a ser explicada y comprendida como esencialmente intramundana.

Lo hasta aquí expuesto —advertimos— solo aspire, a delinear un marco de referencia, o sea un prebosquejo desde el cual incursionar en ciertos temas de interés psicológico. En tal sentido, nuestro propósito no ha sido otro que mostrar una línea temática filosófica (aunque los esbozos presentados nos hayan obligado a sacrificar algunas precisiones) que pudiera valer como *excursus* previo a las siguientes postulaciones:

I. La filosofía nos dice en la hora actual que es, menester explicitar la relación sujeto-objeto en términos tales que la escisión que sella el dualismo sea francamente superada.

II. La solución del dualismo no puede provenir de ignorar o subestimar uno de estos términos. Ello sería algo así como una pseudosolución y por ende una tarea estéril, porque el término obliterado vuelve siempre por sus fueros.

III. La solución requerida no puede confiarse a la postulación de un término que englobe a los otros dos por medio de una reducción. Ello sería tanto como sacrificar las diferencias en favor de la unidad hipostática; pero la realidad concreta de la experiencia triunfa siempre sobre ese artificio, porque reafirma siempre la ostensible presencia de diferenciaciones.

IV. Las implicaciones de la experiencia —en sede ontológica y en mostración óptica— invitan a resolver todos los problemas de modo tal que las diferencias puedan *explicarse* por sus nexos a la unidad y al mismo tiempo se pueda *comprender* la unidad por el sentido que ella imprime en las diferencias.

## II

Los estudios referentes a *la actividad psíquica* encierran siempre notables implicaciones. Todo conocer supone contar con lo implicado, por consiguiente la psicología no puede tampoco escapar a esta especie de ley, trátase de psicología animal o humana.

Si centramos la atención en las indagaciones realizadas sobre *el psiquismo humano*, las implicaciones resultan aun mayores en grado y número, al menos allí siempre son más

hondas y difíciles de analizar. No obstante, es forzoso reconocer y enfatizar el hecho de que, con frecuencia, es precisamente en este campo de la psicología donde no se presta a las implicaciones el debido margen de preocupación y de rigor inquisitivos. Fácil será inferir, entonces, el perjuicio que tal despreocupación acarrea en general y, en particular, en el estricto nivel que corresponde a la psicología de la personalidad, con las consiguientes desventajas para otros aspectos de la psicología y sus aplicaciones.

En una primera aproximación se nos impone plantear las cosas de la siguiente manera:

**A)** La perspectiva de *la psicología científica* ha insistido siempre en señalar la fenomenicidad y el carácter de *hecho psíquico* como propio de lo que ella investiga. Tal vez obedezca —decimos— a esta preocupación por lo fáctico el despreocuparse y a veces hasta el omitir la ardua cuestión de lo implicado en "el hecho psíquico".

**B)** La perspectiva de *la psicología filosófica* se ha obstinado siempre en trascender lo fáctico y en ocasiones hasta ha desdeñado el "hecho psíquico" para entregarse a especulaciones que, en sentido muy amplio, podemos llamar sustancialistas.

No podríamos omitir en este punto una referencia obligada a la célebre polémica entre "sustancialismo" y "actualismo" en lo tocante a la "realidad del alma". Pero tal polémica —decimos— se vio permanentemente alimentada por urgentes exigencias de fundamentación, las que tuvieron su desarrollo a nivel de preocupaciones metafísicas y no psicológicas. Por otra parte, es sabido que entonces entraron a jugar su papel las categorías de un científicismo dogmático tan unilateral como el acientificismo que se pretendía combatir. No es en ese piano donde queremos situar esa cuestión. No en vano cumplieron su papel posiciones como la de Dilthey, por ejemplo, así como todo el programa desarrollado a expensas de los principios que informan las llamadas filosofías de la vida.

Parece legítimo afirmar hoy que controversias como la antes mencionada —amén de otras surgidas por cuestiones afines a la realidad o no realidad del alma— respondían a intenciones extrapsicológicas que se debieron, por lo demás, a un muy estrecho y precario modo de concebir la experiencia, *que es y cómo debe ser interpretada*. En síntesis, con las claves que ofrece el pensamiento actual estamos en condiciones de replantear en otros términos la cuestión de la experiencia y la manida oposición sujeto-objeto con vistas a los enfrentamientos que suelen formularse entre psicología filosófica y no filosófica.

En la actualidad no se parte de supuesto apriórico alguno que tome irreconciliables al fenómeno y al noumeno. No es necesario abundar en detalles, baste mencionar que hoy no configura escándalo hablar, por ejemplo, de "fenómeno humano" o de "experiencia metafísica". Es evidente que el modo de tomar contacto con la realidad para esclarecerla

y esclarecemos ha operado un viraje fundamental. La filosofía no cedió en sus arrestos especulativos, pero se agilizó en su aparato crítico y conceptual para tratar de interpretar la totalidad de la experiencia. En tal sentido es de hacer notar cómo los esfuerzos especulativos han descendido de un cielo de abstracciones e idealidades para sumirse en el mundo, de la vida y la experiencia del hombre.

Vayamos ahora a la psicología, cuyo periplo es claramente comprensible si se advierten sus etapas principales:

1. — Etapa de subsunción a la filosofía y por lo mismo a las posiciones de la metafísica dogmática.
2. — Etapa de liberación de la tutela metafísica y por lo mismo de fundamentación de un *status* científico.
3. — Etapa de crisis de fundamentación teórica *pari passu* a las crisis de la ciencia positiva.
4. — Etapa de superación mediante una integración en *las ciencias del hombre* compatible a su vez con nuevos estilos y formas de la filosofía.

Todo proceso fenoménico puede ser investigado desde dos perspectivas generales: a) empírica, b) racional. En el dominio de lo anímico esto dio lugar a una psicología de corte eminentemente empírico y a una psicología de corte eminentemente racional; inductiva la primera y deductiva la segunda. A una se ha dado en llamar —abusivamente— psicología científica y a la otra, psicología filosófica. Sin embargo, queremos dar un alerta sobre este particular a fin de evitar la recaída en esquemas perimidos y viciados desde la base —otrora justificada— que albergan una tajante separación entre la ciencia y la filosofía. Semejantes esquemas carecen hoy de vigencia a pesar de lo cual notamos todavía residuos que resquebrajan los cimientos del edificio que se quiere construir.

Se imponen algunas precisiones, pues no cabe admitir hoy, por ejemplo, la tendencia a identificar las psicologías empíricas con las experimentales. Están a la vista los testimonios de una psicología empírica no experimental, como las que siguen las huellas de Dilthey o de Brentano. Nos interesa destacar, sobre todo, que tales posiciones exhibieron y exhiben carácter eminentemente científico sin mengua de su integración y articulación con lo filosófico, tema claramente confesado.

Cabe también ponerse a cubierto del frecuente error de identificar la psicología filosófica con la clásica psicología metafísica racional o especulativa. Sin duda ha jugado un fuerte papel en esta confusión el celo antimetafísico del Positivismo. Pero aquella negación de la metafísica es ahora mejor comprendida y evaluada en sus propósitos en cuanto iba dirigida a exterminar los ecos de la posición proveniente de Christian Wolff, para quien la psicología racional era eminentemente metafísica, como lo fue en toda la vertiente racionalista del Iluminismo cuyos brotes reaparecían en pleno siglo XIX.



Creemos que no será osado afirmar que puede haber una psicología filosófica que sin embargo no sea metafísica, como la que se muestra en *status nascendi* a partir de las posiciones de la Fenomenología, interpretada conforme al horizonte abierto por Husserl<sup>(4)</sup>, y en los programas que se anuncian en la última etapa en la *Denkpsychologie*.<sup>(5)</sup> Por otra parte, podemos mencionar como lograda expresión de una auténtica psicología filosófica la Psiconoemática propuesta por Jacques Paliard. <sup>(6)</sup> En suma, el cometido de una psicología filosófica no fuerza a interpretarla como necesariamente metafísica, o al menos no impide aceptarla como una psicología plena de sentido para la experiencia y la vida humana, y no plena de inanidad como afirman sus oponentes y detractores.

Las prevenciones contra la metafísica han conspirado sin duda contra la instauración de una psicología filosófica, especialmente en los ídolos de la ciencia, en acepción que incluye al Neopositivismo. Sin duda, también ha conspirado una tradicional visión de la metafísica desdeñosa de la experiencia, a la que entendió en sentido restringido y no como experiencia humana integral de vida y acción. Pero, afortunadamente, hoy todo parece indicar que la visión filosófica del mundo no excluye la integración de lo psicológico como investigación de la conducta y de sus proyecciones en el ámbito total de la experiencia. Ciertamente también debemos reconocer la perduración de fuertes resonancias del clásico "sustancialismo" del alma, cosa que hizo que Spearman llamase *rumiativas* a las psicologías que se desarrollaron desde los naturalistas griegos hasta el surgimiento de la psicología experimental. <sup>(7)</sup> Pero otros son los vientos que corren —decimos nosotros— entre el experimentalismo en psicología y la actual psicología antropológicoexistencial. <sup>(8)</sup>

Es frecuente hallar que lo filosófico en materia de psicología a unos suena a hueco y a otros suena a transgresión. A poco que se ahonde en el problema se advierte que lo desiderativo, para quienes formulan la acusación, es el criterio matemático, estadístico, behaviorista, en suma, *metrológico*. Incluso se ha puesto la etiqueta de "literaria" o de "filosófica" a toda psicología que apela a la introspección, a la intuición y a la comprensión, como consecuencia de ese concepto desiderativo de lo que es ciencia. Mucho es lo que habría que decir para mostrar las extrapolaciones indebidas y el legítimo alcance de toda *metrología* en el dominio de la psicología humana, pero no nos hemos propuesto un trabajo de Epistemología referida a la ciencia de lo anímico. Sólo quisimos rozar el tema por los excesos que observamos en materia de psicología de la personalidad y aun de psicología social.

En la actualidad se suelen afrontar las relaciones entre lo filosófico y lo psicológico con ópticas ciertamente conciliadoras y omnicomprensivas. Notamos que esto ocurre más que nada en lo tocante a la Epistemología en sus capítulos obligados a abordar las

llamadas ciencias del hombre. <sup>(9)</sup> Sin perjuicio de tales innegables ventajas, venimos a decir que la cuestión urge especialmente en los dominios específicos de la psicología de la personalidad, donde todavía reinan antagonismos perniciosos. Nada puede afectar tanto a las investigaciones de este tipo como los prejuicios que se exhiben en toda su fuerza respecto de lo filosófico y lo psicológico en la formulación de las teorías. No solo vemos debilitadas y grávidas de unilateralidad a las perspectivas de indagación teórica, sino que vemos debilitadas también las perspectivas aplicativas, incluyendo especialmente la psicoterapia, la psicopedagogía, la psicoergología y la psicología social, tributarias en cierto modo de la psicología de la personalidad.

A este respecto parece oportuno traer la palabra autorizada de Scarpellini, por ejemplo, quien en trabajos de reciente aparición dice, a propósito del deliberado desencuentro o la mentada indiferencia entre lo filosófico y lo psicológico, que "entonces resultan infecundas ambas ciencias, mientras que la posición equilibrada consiste en situar a cada una en su propia esfera, precisando las relaciones que hay entre ambas, para distinguir los dominios específicos. Se hace posible de este modo una unificación explicativa y comprensiva de los problemas a un nivel indudablemente superior". <sup>(10)</sup>

### III

Las teorías reflexológicas inspiradas en Pavlov tratan el comportamiento como "cosa", en cuanto lo incluyen y reabsorben en la trama total de los fenómenos del universo, apelando a la interpretación mecanicista que establece un "circulo cerrado" de explicación causal basándose en los "hechos" y "sus relaciones". <sup>(11)</sup>

Sin embargo, cuando se han querido indagar a fondo e interpretar *las variables* (que de hecho se presentan en todo comportamiento animal y humano) de las que dicho comportamiento depende, se ha encontrado que *estas variables no derivan causalmente del estímulo en modo exclusivo* (interpretando el estímulo a la manera de la Reflexología como acontecimiento, "causa", del mundo físico). En efecto, el primer descubrimiento que negó las pretensiones exclusivas de la Reflexología puede verse en el *hecho* de que *las variaciones dependen más bien de las relaciones*, con lo que denuncian cierta relativa independencia frente al orden "cerrado" de los estímulos. <sup>(12)</sup>

Esto ha llevado a que se procurase distinguir con esmero entre "relaciones en el comportamiento reflejo" y "relaciones en la conducta simbólica", porque efectivamente las unas tienen el carácter de *relaciones funcionales de medio a fin*, las otras ofrecen en cambio características de *relaciones expresivas* en las que se denota la mutua implicación de sujeto y objeto de la conducta. <sup>(13)</sup>

El behaviorismo como teoría ha hecho sus propios caminos de rectificación y afinación conceptual, desde las primeras manifestaciones debidas a Watson, con evidente

fundamentación reflexológica, hasta llegar a ofrecer en la actualidad un panorama totalmente diverso al de sus primeros pasos y presentar una concepción aguda y digna de respeto para toda indagación en los problemas de la conducta. <sup>(14)</sup> Pero sigue aferrado a la clásica noción de estímulo. <sup>(15)</sup>

Como muy bien advierte Merleau-Panty, *la noción de estímulo es equívoca* y en el análisis de la conducta lleva a confundir el "factor físico", tal como el es en sí, con la "situación" tal como esta se constituye "para el organismo". <sup>(16)</sup> Así, contra lo postulado por el behaviorismo, no se puede ya identificar aquello que por un lado tiene todos los caracteres de un "entorno geográfico" y lo que por otra parte constituye el "medio de comportamiento" propiamente dicho. <sup>(17)</sup>

En cada nivel, según se jerarquizan las especies, las "relaciones" con el medio (*mundo* en sentido amplio) ponen al descubierto en la experimentación la presencia de un "apriori" (material, prelógico) para cada especie, digamos "una manera propia de elaborar los estímulos, de esta suerte el organismo tiene una realidad, no sustancial sino *estructural*". <sup>(18)</sup>

Esta noción de "apriori" material ha sido aceptada en las concepciones de cierto organicismo y del estructuralismo biológico de un von Uëxkull, por ejemplo, pero en lo que concierne mas específicamente a nuestro propósito tal noción la hallamos en los dominios de la psicología animal, como ser en las investigaciones de Buytendijky de otros autores contemporáneos. Las reacciones de un organismo son esencialmente "gestuales", es decir, "gestos" y no compuestos de movimientos reactivos simples; de tal modo, cuando la ciencia *trata* con las especies no puede considerar los organismos como sistemas edificados o "suma de partes", es decir, "suma de movimientos simples", sino que *trata* mas bien con. "movimientos y su sentido", con "gestos dotados de una unidad interior", que deben ser aprehendidos en su significación según los "ambientes" y los "medios" de comportamiento.

Así, los estímulos, lejos de ser "cosas", mero "hecho físico", han de ser interpretados por lo que ellos "significan" y según el "valor" que tienen en la estructura de la conducta gestual. <sup>(19)</sup> Al igual que los estímulos, las "respuestas" ofrecen dos ángulos de visión, separables al abordar el estudio de la conducta. Esta se desdobra en "comportamiento geográfico" (*accomplishment* en el lenguaje de Koffca) y "comportamiento propiamente dicho". El primero resulta de la totalidad de los movimientos que ejecuta el animal en su relación con el medio físico. El segundo resulta de la consideración de estos mismos movimientos, pero interpretados en su articulación interior, como una "melodía cinética dotada de sentido". <sup>(20)</sup>

La "psicología de la forma" en sus investigaciones sobre el comportamiento animal ha sabido poner de manifiesto como algunas determinaciones propias del "comportamiento

geográfico" llegan a tener valor y significación (las *variables*) en el plano del "comportamiento propiamente dicho". <sup>(21)</sup> De esta manera resultan ser factores de integración:

- a. — *El tiempo que tarda el animal en lograr éxito en la salida de un laberinto, o de cualquier otro tipo de situación trampa.*
- b. — *El numero de errores (malas respuestas, falsos tanteos).*
- c. — *El numero de aciertos (buenas respuestas, tanteos felices).*
- d. *El margen de azar positivo (tornando en buenos ciertos movimientos infructuosos).*
- e. *El margen de azar negativo (tornando en infructuosas ciertas respuestas buenas).*

Es correcto, por consiguiente, advertir que en la conducta animal esa primera *capa* de reacciones, que estarían en el "esquema" de las reacciones físico-químicas, *no constituye la base* de explicación de la cual hacer depender la *capa* • del comportamiento total. <sup>(22)</sup>

La experiencia en un ser viviente —han venido a decir Buytendijk, Plessner y otros— no es un simple registro donde quedan como "fijos" ciertos movimientos ya efectuados y donde la "repetición" se desencadena por un procedimiento descomponible en partes. Ciertamente *hay un estímulo* que desencadena el movimiento, pero tal estímulo ya no puede ser interpretado —en su relación al comportamiento— como una simple *causa* física que determine mecánicamente aquella serie de "movimientos con sentido" como si dicha serie fuese simplemente *un efecto*.

La experiencia en realidad "hace el montaje de aptitudes", o sea que llega a otorgar al ser viviente "un poder general de responder a situaciones de un cierto tipo por medio de *reacciones variadas que no tienen de común sino el sentido*". <sup>(23)</sup> Esto mismo llevó a Buytendijk a la hipótesis de una *inteligibilidad inmanente*, pues las reacciones no son ya simplemente una serie de movimientos. <sup>(24)</sup>

De aquí que "reacción" y "situación" se hallen *de hecho* en una inextricable unidad, o sea que se funden, por decirlo así, en una estructura en la que se pone de relieve "el-modo-de-actividad-propia" de cada organismo en las jerarquías de las especies. Lejos de ser causa y efecto, *reacción y situación son dos momentos de un proceso circular*, que por lo demás tampoco se repite mecánicamente.

Lo que viene a configurar la estructura es precisamente *el sentido*, tal cual este se denota en la "situación" ; las mismas "reacciones" ofrecen "algo" (un plus) que las hace *variables* en razón del "montaje" a que nos referíamos antes. Es evidente que aquí juega un papel sumamente importante la memoria en sentido amplio, o sea *la función mnémica* que asegura la "conservación", la cual si bien no se la puede confundir con la memoria en

sentido estricto es\_ innegable que ya aparece en las capas más inferiores del comportamiento animal. (25)

En suma, las claves mismas que aporta esta interpretación apoyada en innumerables experimentaciones biológicas y psicológicas del comportamiento animal, residen en lo siguiente:

1. — Los estímulos no son meras "cosas físicas", puesto que la estructura misma del comportamiento animal (que aparece como una melodía cinética dotada de sentido) permite que adquieran un "valor" o "significación" que por si mismos no tienen.

2. — Debido a tal "valor" o "significación" para la conducta, un estímulo ya no es cualquier acontecimiento del orden físico, sino aquel o aquellos que devienen en verdaderos "poderes reflexógenos" (Buytendijk) capaces de mover, despertar o si se quiere desencadenar la actividad vital del organismo en "la situación".

3. — La actividad vital no se manifiesta en simple serie de movimientos o respuestas elementales, sino en un todo organizado que goza de los caracteres de la unidad melódica en la que aparecen "reacciones variadas" (diferenciales) que nada ofrecen de común entre si excepto *el sentido*.

4. — Estas "reacciones variadas" se deben a que las experiencias anteriores hicieron a su vez "sus propios caminos", de lo contrario serian simples repeticiones. He aquí como los "montajes" ponen de relieve la importancia del "régimen de adquisición".

Buytendijk destaca con énfasis que todo aquello que traba o coarta la actividad vital del animal *suprime* también el "poder reflexógeno" de ciertos estímulos y *hasta los elimina* de su "universo sensorial". (26) Así, la relación del "mundo" interior del animal (no por referencia a conciencia alguna sino como relaciones originales que se denotan en el comportamiento) con su "mundo" exterior ya no puede ser interpretada como esa relación que se establece entre la llave y su cerrojo, según metáfora ampliamente difundida. (27)

Si el comportamiento presenta todos los caracteres de una "estructura", es obvio que la explicación no puede recurrir al "esquema" explicativo de arraigo en la concepción mecanicista. Por otra parte, tampoco es posible determinar por separado aquello que en el comportamiento depende (o parece depender) de las condiciones internas y aquello que depende (o parece depender) de las condiciones externas. (28)

Todo indica que se han ido preparando los caminos para una interpretación más adecuada a la psicología humana en general. Es precisamente en el orden humano donde el comportamiento se muestra como inextricable fusión de lo "subjetivo" y lo "objetivo", lo cual reclama siempre un afinado instrumento para captar et real significado de las "variaciones" en la conducta. En cuanto se la entendió como "melodía cinética" ya quedó en evidencia la necesidad de un enfoque global que facilitase una adecuada aprehensión de la "unidad temática del comportamiento" donde resultan inseparables la

*serie de movimientos reactivos y el sentido.* (<sup>29</sup>)

Así, establecido que es forzosa una nueva "visión" del comportamiento, podemos puntualizar lo siguiente:

1. — El comportamiento no puede ser concebido como mero "efecto" del orden físico —ni cabe apelar a la explicación corriente de una causalidad directa y cerrada según el esquema del mecanicismo-- porque las "variaciones" revelan (por su lado) que la individualidad psíquica ha hecho a su vez "sus propias síntesis", mediante "montajes", por ejemplo, las aptitudes.

2. — Esto llevó a suponer como más eficaz recurrir a otra explicación igualmente basada en el principio causal, a saber aquella que propone el esquema de relación función y variable.

3. Pero tampoco puede interpretarse como "efecto" o "resultante" según el esquema de relación función y variable porque ello exigiría: a) "abstraer" por un lado el condicionamiento físico; b) "hallar", por otro lado, la constante cinética en el total equilibrio o economía de la relación. Pero las "variaciones" —según hemos visto— no pueden ser abstraídas o separadas ni del contexto físico (entorno) ni de la unidad cinética y temática (comportamiento propiamente dicho), ya que es precisamente en esa "estructura" donde adquieren *sentido*. A su vez el *sentido* es siempre inseparable del "todo cinético", pues el *especifica* el comportamiento dentro del "campo" o "entorno" según ponen de manifiesto las experimentaciones llevadas a cabo. (<sup>30</sup>)

Ahora bien, si se tiene en cuenta lo dicho, cabe reconocer la importancia de la actual "Psicología de la Forma" en cuanto busca superar los planteamientos y soluciones del "Behaviorismo". La mayoría de los psicólogos de la "forma", y en especial Koffka, han establecido que *por encima del campo físico* (que en si mismo es ya un sistema de fuerzas orientadas) en el cual el comportamiento tiene lugar, *se hace imprescindible reconocer el carácter original de un campo fisiológico* (que es también un sistema de tensiones y de corrientes) *como determinante decisivo del comportamiento real y efectivo* (31); tendríamos así "un campo físico" y "un campo fisiológico". Pero como quiera que existe de hecho un comportamiento "específicamente humano", es decir, el comportamiento simbólico, se vio por consiguiente la necesidad de introducir un tercer "campo", que se convino en llamar, a título provisional, "el campo mental". Pero en tal caso si la explicación científica llevaba a reducir el "campo mental" al "campo fisiológico", ello venia a plantear la misma cuestión de fondo que el "Behaviorismo" no podía sortear al instalar el comportamiento sobre un único "plan" o "esquema" de interpretación: *la causalidad física.*(<sup>32</sup>)

Justamente en lo que concierne a esta cuestión central hizo su irrupción la *Gestalttheorie* con la nodal de "forma". Prometía una solución nueva frente a estériles discusiones

cifradas en las antinomias de "materialismo" y "espiritualismo" (en la fundamentación) así como de "mecanicismo" y "finalismo" (en la explicación). Con la noción de "forma" se creyó poseer un instrumento que fuese coherentemente aplicable a los tres campos (físico, fisiológico y psíquico), integrando así los fenómenos en estructuras de tres tipos específicos bien diferenciados. <sup>(33)</sup> De aquí que *la cantidad, el orden y el valor* pasaran a ser considerados, respectivamente, propiedades de *la materia, la vida y el espíritu*. Serían igualmente categorías universalmente aplicables a la totalidad psíquica, pero sólo en cuanto a poner de manifiesto el rasgo dominante en cada "campo" correspondiente: *físico, fisiológico y mental.*<sup>(34)</sup>

Pero analizando estas categorías nos hallamos ante ciertas cuestiones fundamentales que vienen a constituir algo así como el centro de gravedad en la investigación del comportamiento a la luz del concepto de "forma":

A. — *La cantidad en el Plano físico: la materia.* La dificultad que ofrecía la radical separación cartesiana entre lo extenso (cuerpo) y lo pensante (alma) incomunicaba la "cantidad" y la "cualidad". Pero la teoría de la "forma" facilitó que la cantidad ya no fuese entendida como negación de la cualidad, del mismo modo —se dice por metáfora— como la "ecuación del círculo" no niega la "forma circular", sino que por el contrario aspira a ser su expresión más rigurosa. Así, todas las relaciones cuantitativas que aborda la física a fin de dar una sólida imagen lógico-matemática del universo, pasarían a ser —con independencia de otras consecuencias— simplemente "las fórmulas de ciertos procesos distributivos". <sup>(35)</sup> Lo mismo se advierte con claridad en el organismo viviente, como lo ha mostrado el Organicismo en su doble polémica con teorías tan antagónicas como Mecanicismo y Vitalismo. <sup>(36)</sup> En el organismo viviente *lo que acontece en cada parte esta determinado por lo que acontece en todas las otras*, por eso hay que pensar que es "el todo" quien preside (con el fuerte sello de su organización) los cambios o accidentes. En tal sentido, las "reacciones" no son "efectos aislados" sino "respuestas globales" o "comportamientos del todo", pero *lo distributivo* (cantidad) no es en modo alguno negación de *lo total* (cualidad), en cuanto que *el todo es unidad*.

B. — *El orden en el plano fisiológico: la vida.* La noción de *orden* no ofrece *prima facie* dificultad alguna como para negarle validez objetiva y categorial en los fenómenos de la vida, que responden a una organización. En cuanto pura noción categorial tiene su tradición: hablamos de un "orden físico" y de un "orden suprafísico" (platonismo); en torno a los problemas de la vida las teorías se han erigido en relación con el primado sustancial atribuido alternativamente a uno u otro de estos "órdenes" (determinismo-finalismo; sustancialismo-epifenomenismo; mecanicismo-vitalismo). Pero la noción de "orden" ha obtenido siempre su validez categorial del juego equilibrado de fuerzas o elementos que se ofrecen en el plano físico y que los sistemas, científicos,

especialmente la Física, han sabido desentrañar. En otros términos, la noción de orden, inseparable del pensar y por consiguiente siempre lógico-categorial, ha servido para construir sistemas (la ciencia), pero su misma seguridad y validez han estado siempre apoyadas en "el asiento real", digamos en la "mostración óptica" de los mismos fenómenos físicos que revelan anticipadamente al sistema la presencia de aquel orden. He aquí entonces que, al pasar al piano de la vida, la concepción de "la forma", en cuanto no separa las condiciones subjetivas de las objetivas y hace de ellas una estructura, una "melodía cinética dotada de sentido", estaba en la obligación de superar las limitaciones de una "explicación causal" (instrumento de las ciencias físicas) mediante la "comprensión" o "aprehensión significativa" de los fines (objeto valioso para el individuo) como lo requieren los procesos vitales. <sup>(37)</sup> He aquí una verdadera "cuestión crítica", pues todo indicaría que sin embargo la teoría de la "forma" se inclinó a favor de una absoluta incompatibilidad entre ambas formas de conocimiento, mejor dicho, entre ambos "esquemas" de asedio gnoseológico a lo vital. <sup>(38)</sup>

*C. El valor en el piano psíquico: el espíritu.* La cuestión del valor —que está implícita en la estructura psicológica del comportamiento— tiene naturalmente su importancia fundamental en los dominios de la conducta humana. <sup>(39)</sup> No puede omitirse —en nuestra opinión— en los lineamientos en que se inscribe la "Psicología de la Forma", pues de ello resulta precisamente el que se pueda alcanzar una interpretación exhaustiva y coherente. Sin embargo, la corriente de la "forma" no llegó a cumplir con esta necesaria transición por haberse instalado exclusivamente en el mismo "esquema" de la causalidad, con lo cual se desvió de la ancha y promisoria ruta que inicialmente abrió frente al "atomismo". De aquí también el divorcio entre la teoría de la "forma" y otro "estructuralismo", como el llamado "científico espiritual", que se muestra más compatible con la realidad psicológica tal como ella se ofrece en la conducta específicamente humana, sus "procesos" y sus "vivencias". Pero es indudable que la cuestión del valor no puede excluirse legítimamente de los planteamientos de la psicología humana. Negar la realidad del valor sería tanto como negar la "especificidad" del hombre como ser espiritual, inteligente y libre, es decir, como existencia personal, histórica y social. Se hace necesaria, por lo tanto, una fina óptica, tanto metodológica como interpretativa, que no excluya nunca de su visión la solidaria unidad de lo "físico-fisiológico" y lo "psíquico-espiritual", digamos la unidad intrínseca del psiquismo que es, en última instancia, lo que viene a dar *fundamento y sentido* a aquellas estructuras sólo aceptables como "partes" de un *todo orgánico e inescindible*. Lo contrario acarrea como consecuencia sellar *ab initio* el inconveniente de una escisión radical que habrá de manifestar toda su virtualidad no sólo en las investigaciones de la psicología humana dedicadas al problema de la personalidad, sino también en otras disciplinas que no pueden permanecer ajenas al problema del hombre,



como ser la Antropología (filosófica-cultural) , la Estética y la Ética. (40)

La "explicación causal", afinada y sutilizada al extremo, ha sido sostenida primero por todas las corrientes de la psicología derivadas de la psico-física y ha transitado por igual en las teorías inscriptas en el paralelismo, hasta rectificarse después progresivamente a lo largo de las luchas entre el "Behaviorismo" fisiológico y radical contra el "Behaviorismo" autónomo y el "molar". (41)

La "comprensión", que nosotros denominamos también "aprehensión significativa", ha seguido en cambio el camino que ampliamente se le abrió, después de la vigorosa presentación de Dilthey contra el atomismo psicológico (42), en direcciones variadas y que pueden aceptar el nombre de "psicología de las vivencias".

Constituyéndose, como es sabido, en recurso metodológico que se compadece en parte con el método de la intuición (bergsonismo), ha sido preferentemente auspiciada por aquellas psicologías orientadas hacia la elucidación de los problemas del hombre y la cultura. Mas he aquí que estas psicologías se han ido separando cada vez más de las psicologías experimentales, de fuerte signo explicativo-causal, quizás porque la misma tesitura en que se situaban las psicologías de lo orgánico-natural impedía alcanzar una exhaustiva interpretación de lo psíquico humano en su condición antropológica y social. De esta suerte, en el problema de la determinación del "orden vital" ya se mostraban, a poco de andar, aquellas mismas dificultades a que antes hemos aludido. En tal sentido, quienes hacían de la "explicación causal" nico modo de *approach* a lo psíquico se instalaban de lleno en la pendiente obligada de reducir el "orden vital" a la solidez del "orden físico", con lo cual sólo podían aceptar diferencias descriptivas entre "comportamiento animal" y "comportamiento simbólico".

Lo contrario —se decía— lleva implícita una confesada o no confesada profesión de fe más metafísica que psicológica en cuanto se busca sustraer el "orden vital" a toda posible relación de dependencia al "orden físico". El problema se radicaliza, por consiguiente, en la posible compatibilidad de "explicación" y "aprehensión significativa", o de lo contrario en su absoluto divorcio con los consiguientes resultados de una franca hostilidad entre quienes dicen hacer "realmente ciencia" e imputan de vanidad metafísica y literaria a toda otra interpretación que no se ajuste a los moldes rígidos del "esquema" de explicación causal.

No permaneció ajena a toda esta cuestión la llamada psicología profunda o del inconciente. Inscripta primero en los férreos cánones del mecanicismo, la misma evolución interior que ha ido sufriendo la psicología profunda, en la que incidieron muchos otros motivos, muestra también que en parte se han ido mitigando los postulados deterministas para hacer lugar a una muy peculiar conjugación de ciertos principios de la psicología explicativa con ciertos principios de la psicología de las vivencias, claro está

sin modificar en lo esencial la arquitectura general que permite hablar hoy de una verdadera psicología de las profundidades de la conciencia y hasta de la personalidad.<sup>(43)</sup>

Precisamente, en este verdadero nudo gordiano, la dirección de la "forma" significó un paso adelante, pero instalada *exclusiva y deliberadamente* en el plan de la causalidad física, no ha sabido --ni pudo desembarazarse de las trabas que impone la sola perspectiva de la naturaleza cuando se quiere abordar la vida psíquica; para decirlo con Husserl, cuando no se alcanza a superar "la actitud fisicista" en el dominio de las ciencias de lo psíquico. Sin embargo, cabe reconocer que ya Koffka —aunque muy débilmente— advirtió una posible compatibilidad entre "explicación" y "comprensión", al decir que "explicar y comprender no son maneras diferentes de tratar los objetos de conocimiento, sino cosas idénticas en el fondo".<sup>(44)</sup>

Naturalmente, esto no parece del todo claro porque si bien dice que son "cosas idénticas en el fondo", poco después agrega: " lo que quiere decir que una conexión causal no es una simple secuencia de hechos a registrar. . . ",<sup>(45)</sup> con lo que revela entonces como implícitamente tiende a permanecer aferrado al criterio causal.

Ciertas investigaciones de tipo "organicista", pero de un organicismo peculiar (psicobiológico), como el de R. Ruyer, fundado en un "neo-finalismo" integral (físico-psíquico-espiritual) han llevado el análisis resueltamente decidido a probar que las exigencias "explicativas" pueden compadecerse, sin incongruencias ni violencias en "la unidad y orden vital", con las necesidades "comprensivas".<sup>(46)</sup> Esta concepción no es ajena —como es lógico— a una integración sistemática de tipo Mosaico, extendiéndose hasta la zona de "un psiquismo primario o primordial"<sup>(47)</sup> , que no debe confundirse con el psiquismo elemental de los planteamientos fisiologistas inscriptos en el paralelismo. Vale decir que hoy las investigaciones tienden a conjugar "explicación" y "comprensión" hasta en el área psicológica más reacia a toda pretensión "comprensiva", con frecuencia caracterizada como "plano de los automatismos".<sup>(48)</sup> Hasta el problema del instinto ofrece amplias perspectivas para tal método de explicación (correlación causal) y comprensión (aprehensión significativa), con las ventajas que supone facilitar la integración de los procesos vitales en una unidad sistemática, estructural, de los tres órdenes: físico-vital-espiritual.<sup>(49)</sup>

#### IV

La psicología de la "forma", no obstante su inicial movimiento crítico de relevante importancia frente al "atomismo", y a pesar de reconocer las ventajas de una integración de las explicaciones de tipo causal en "el cuadro total" de las manifestaciones psíquicas (o sea en las estructuras de un "orden vital humano"), prefirió quedar aferrada en lo

profundo a los principios y métodos de corte "físicista" o, para decirlo con Lagache, en el "naturalismo" psicológico. Así, se resistió a todo intento de apertura a favor de una conjugación metodológica y sistemática entre "explicación" y "aprehensión significativa del sentido", con lo cual no logró superar —decimos nosotros— esas mismas limitaciones de las que quería evadirse cuando hizo suya la noción de "forma". Por otra parte, tampoco logró salir airoso de la confusión de planos que le creaba su concepción "físicista", ya que se terminaba siempre por negar autonomía al "orden vital" y al "orden psíquico" *reduciéndolos* ulteriormente a meros "efectos" o "resultantes" determinados exclusivamente por el "orden físico", donde como es obvio señoreó la "explicación causal".

Nada importa, si nos atenemos a lo esencial, que la misma "explicación" haya afinado y agilizado sus recursos para pasar del tratamiento de la *materia* al tratamiento de la *vida*. Sabido es que la actitud "físicista" al abordar lo orgánico y fisiológico ha utilizado al extremo la "explicación causal" pero, sin salir del "esquema" del mecanicismo, pasó a otras "formas de explicación" más complejas sobre la base de las *relaciones de función a variable*, por una parte, y sobre la reconstrucción de todas las manifestaciones "reactivas" a expensas del "reflejo" con sus movimientos, en "serie" o en "cadena", descomponiendo analíticamente la totalidad de los "mecanismos" a la luz de la explicación según las *relaciones de variable independiente (excitante) a variable dependiente (respuesta)*. Con técnicas más o menos depuradas, pero siempre en esta perspectiva de explicación tan exitosa en el campo de la fisiología, las direcciones experimentales de corte "físicista" hicieron suyos estos procedimientos y estas demostraciones tanto en los campos de la psicología animal como humana. <sup>(51)</sup>

En nuestra opinión, la dirección de la "forma" ha seguido excesivamente sujeta al criterio firmemente sostenido por Wertheimer, sin que con ello se quiera negar el indiscutible mérito que le cabe en la elaboración de la doctrina. En efecto, ante la evidente necesidad de integrar la "explicación" con la "aprehensión significativa", Wertheimer decidió la suerte de la dirección de la "forma" subestimando la *relación a valor* (significación) frente a la *relación causa-efecto* (explicación) Interpretando la realidad total o "mundo" como una verdadera *estructura* u *organización*, la caracterizó como accesible por dos vías: la del *conocimiento físico* y la del *conocimiento moral*. Se abrían así dos grandes dominios, digamos las ciencias del orden físico (naturaleza) y las ciencias del orden moral (espíritu), apelando a los términos en su acepción más depurada de toda implicación doctrinaria.

A su vez, comparando la totalidad en cuestión a una verdadera *sinfonía*, no podía menos que aceptar como "reales" ciertas "correspondencias entre aquellos dos órdenes". Mas he aquí que, en lo que se refiere a la constitución de las ciencias del orden no-natural,

simplemente les *concedió* muy relativa legitimidad (en comparación al rigor y a la explicación científica) en cuanto que se les podía acordar el use de las categorías de "valor" y "significación". <sup>(52)</sup> Sin embargo, creemos que hacer tal *concesión* implica olvidar que la legitimidad de aquellas categorías (tradicionalmente puestas en vigencia por Platón y Aristóteles) que ampliamente justificada para el conocimiento de la *vida* y del *espíritu* por toda la investigación posterior, especialmente a través de Dilthey y de Kruger —aunque omitimos las diferencias entre uno y otro-- hasta culminar actualmente en las corrientes que se conocen con el nombre de "psicología intencional" y "psicología comprensiva". Pero lo cierto es que Wertheimer estatuyó férreamente que ni la biología ni la psicología debían por principio sustraerse al análisis matemático y a la explicación causal. <sup>(53)</sup>

Todo hace suponer como legítima, entonces, las afirmaciones de quienes sostienen en la actualidad que la psicología de la "forma" se ha encaminado más bien hacia el "materialismo" en cuanto a fundamentación ontológica se refiere. <sup>(54)</sup> Con lo cual, decimos, se denunciaría una flagrante contradicción intrínseca entre la primera etapa de reacción y crítica frente al "atomismo" y una segunda etapa de construcción sistemática de la teoría. En efecto, la psicología de la "forma", al buscar su lógica sistematización *prolongándose en una filosofía estructural*, sostuvo sin embargo inconvertibles los principios de una psicología *experimental* que habían presidido sus investigaciones en los dominios del comportamiento animal y humano. Reconocidos *prima facie* tres planos (como hemos visto, físico, fisiológico y mental) al organizar su "imagen epistemológica" y "ontológica" estatuyó correlativamente tres órdenes: a) un *orden material*, presidido por la categoría de cantidad; b) un *orden vital*, presidido por la categoría de *orden u organización*; c) un *orden espiritual*, presidido por la categoría de *significación o valor*. Hasta aquí, nada parece incongruente; por el contrario, puede decirse que, tomados en su unidad, estos tres órdenes aspiran a configurar una "visión" o representación total y armónica del "mundo". Podría aducirse, y con razón, que tal "visión" entraña una superación de todos los inconvenientes atribuidos al cartesianismo, que separaba *cantidad* (materia-extensión-cuerpo) y *cualidad* (espíritu-pensamiento-alma). Las ventajas residirían en la necesaria imbricación de la cantidad y la cualidad en ese "orden vital" intermediario, cosa que parece por cierto muy aceptable. Más he aquí que no son estas las conclusiones a que llevo el planteamiento de la teoría de la "forma". Almenada en los mismos principios y en el mismo "esquema" total que en un primer momento parecía combatir, la teoría de la "forma" tropezó con el inconveniente de no poder explicar en modo alguno (a no ser causalísticamente) el pasaje de un orden a otro. La razón fundamental de esta imposibilidad intrínseca debe verse —según nuestro parecer-- en el use ilegítimo de las mismas categorías por ella descubiertas y enunciadas en sus

investigaciones sobre el comportamiento. Así, al considerar a cada una de aquellas categorías (cantidad, orden, significación) como exclusivas, o sea de vigencia cada una de ellas en cada orden, la teoría vino a instalarse en el mismo "esquema" causal y determinista al que respondían también las psicologías "atomistas" y "asociacionistas" que originariamente quiso refutar.

Vistas as las cosas, no puede negarse razón a la crítica actual procedente del campo de la psicología y de la filosofía. Destacamos la enunciada por Merleau-Ponty cuando afirma que sólo por una *diferencia estructural* aquella teoría pudo dar cuenta de tales distinciones, pues "materia, vida y espíritu *deben participar en modo desigual* en la naturaleza de la forma, representar diferentes grados de integración y constituir finalmente una jerarquía donde la individualidad se realice siempre más". <sup>(55)</sup> De esta manera —decimos nosotros— en el planteamiento sostenido por la teoría de la forma hay siempre cuestión crucial a la que ella no ha podido responder, a saber *el pasaje de una estructura a otra*, pues no parece posible entenderlo sino como *transición de una realidad a otra*. (" Si se sigue coherentemente el plan que presenta la teoría de la forma es imposible admitir que una "forma física", por ejemplo, tenga las mismas propiedades que una "forma fisiológica" e inversamente que sean ambas equivalentes. Las mismas experiencias, llevadas a cabo en el ámbito del comportamiento, han revelado que entre los estímulos y las reacciones no hay posibilidad alguna de explicar la totalidad del movimiento gestual a modo de una cadena continua de acciones físicas. Entonces, solo cabe admitir como supuesto apriorístico una idea del comportamiento esencialmente restringido en cuanto mediatizado por las relaciones fisiológicas y psíquicas. <sup>(57)</sup>

Sin embargo, todo esto da lugar a una pregunta fundamental, a saber: ¿como hacer surgir del primero al segundo orden la noción de vida? De modo similar cabe interrogarse: ¿como probar la transición del segundo al tercer orden sin postular la *realidad* de la conciencia?

Si nos atenemos a lo que ofrece la teoría de la "forma" solo cabe admitir que *vida y conciencia* son introducidas "como condiciones adicionales que vienen a suplir los determinantes físicos insuficientes". <sup>(58)</sup> Pero —decimos nosotros— esto lleva implícitamente a planteamientos que hacen de la vida y del espíritu verdaderas *entelequias*, como el vitalismo de Driesch y ese otro llamado espiritualismo proclive a caer en las divagaciones *espíritas*, ya que las *realidades* "vida" y "espíritu" se introducirían simplemente para suplir las deficiencias de una explicación causal aferrada a determinantes físicos, por cierto mas convincentes. Así, ambas *entelequias* vendrían a querer sustituir —al igual que lo ocurrido con las teorías mencionadas— el gran supuesto del materialismo por otro gran supuesto igualmente monista, donde las relaciones y estructuras biológicas y psíquicas son reducidas a meras "fuerzas" subordinadas y a

simples "causas motrices".

El plano inclinado de estas consecuencias para la sistematización de la teoría es así fatal, pues resulta obvio que si el *pasaje* en cuestión no queda justificado ante la subrepticia inclusión de tales entelequias, forzosamente se tendrá que admitir la solución de corte materialista, ya que las diferencias de estructura no tendrían otra explicación aceptable que no sea la que hace del "orden físico" el condicionante fundamental. Es evidente que, en una ordenación teórica sistemática, la explicación debe —conforme al "esquema" del determinismo psicofísico— reducir el "orden espiritual" al "vital", el que a su vez solo tendría explicación en el "orden físico". ¿No es éste acaso el plan que propone el materialismo a saber la explicación de lo más *alto* por lo más *bajo*, lo complejo por los elementos?

Nada más lógico que la "psicología de la forma" —conciente de las consecuencias de su planteamiento "estructural" y de las hondas implicaciones que ocultaba el concepto de "forma"— buscara prolongarse en una sistematización más exhaustiva y tendiese a integrarse en una "filosofía de la forma". Con ello, se decía, la misma filosofía habrá de obtener sus ventajas, pues se podrá desembarazar de los postulados "sustancialistas", que como es sabido la instalan en el plano inclinado de los "monismos" (materialista y espiritualista) cuya tesitura solo ofrece estériles polémicas o pseudosoluciones a la postre inconciliables.

Sin embargo, con tales propósitos no se ha podido ir muy lejos, pues ya en el seno de la filosofía, en ciertas direcciones de filiación dialéctica, se había logrado sortear este supuesto *impasse*. Nadie pondrá en duda que ha sido precisamente ella, es decir, la filosofía, la que abrió las brechas oportunas para que pudieran surgir las observaciones críticas más agudas sobre las limitaciones de la causalidad y de la concepción mecanicista, críticas de las que sin duda alguna pudieron sacar provecho todas las ciencias. Pero si aquella "filosofía de la forma" se vio trabada ello fue, principalmente, porque la noción de forma, que ofreció en el campo de la psicología una "categoría" nueva para oponer a la de "*elementos*" y "*fuerzas*" en "*asociación mecánica*" y así sirvió para derribar prejuicios de tipo *fisicista* en el llamado *atomismo*, perdió sin embargo toda su fecundidad en el plano filosófico en cuanto insistió en mantener una férrea sujeción al "esquema" analítico y explicativo propuesto por Wertheimer.

Liberada interiormente del prejuicio "causalista", la "psicología de la forma" tal vez hubiese podido hacer el tránsito a una "filosofía de la forma" apta para desentrañar la rica virtualidad insita en aquel concepto y facilitar el uso de dicha categoría en los planos "físico" y "vital", así como "psíquico" y "espiritual", si se hubiese liberado también de las trabas impuestas —creemos— por resabios positivistas y por una seducción como la que ejercía el método experimental. A este respecto; cabe decir con Merleau-Ponty, que

la *forma* no puede ser "plenamente comprendida ni pueden ser destacadas todas las implicaciones de esta noción sino en una filosofía liberada de los *postulados realistas* que son los de *toda psicología*"(")

En conclusión, aquellos esfuerzos debían resultar si no vanos al menos precarios, pues tan pronto se aspira a una filosofía integral y flexible para la ciencia psicológica hay que abandonar dichos postulados, de lo contrario no se puede evitar la recaída en el materialismo o en el espiritualismo que se quiere superar. No importa tanto en esto lo de materialismo y lo de espiritualismo, puesto que son, como todos los *ismos*, etiquetas cómodas que cultivan la pereza mental; en cambio si importa sobremanera que tales *ismos* encierran el signo perjudicial del *reduccionismo*, ya que, si bien se orientan hacia la desiderativa unicidad y la afirman, solo la logran sacrificando el significado y valor de las diferencias.

El objeto propio de la llamada psicología diferencial <sup>(60)</sup> es, para decirlo del modo más sintético, el estudio de las *diferencias* —revelables a través de la conducta— que presentan los individuos.

Las *diferencias* solo pueden ser tales si, en la observación, comparación, explicación, descripción, evaluación y comprensión de la conducta se tiene siempre presente el principio de la unidad, mejor sería decir *unicidad*. <sup>(61)</sup> Sólo en virtud de esta necesaria *implicación de la unidad*, que no significa abolir las diferencias, se puede fundamentar — en el plano humano— una psicología diferencial.

Hay entonces una concepción del hombre que está a la base de toda investigación de este tipo. Dicha concepción es sostenida a priori (casi siempre inconfesada) aun en aquellas formulaciones de mayor apego al criterio científico natural. Pero es taxativo hoy que en psicología ningún examen referido a los procesos de conducta puede ofrecer garantías si se prescinde de lo social y cultural; vale decir, que ha quedado muy atrás el concepto de *homo natura* como única clave y base de investigación psicológica.

Esto ya nos pone sobre aviso en lo concerniente a una psicología diferencial que, so pretexto de no admitir supuestos, pretenda tener validez de ciencia apelando exclusivamente a *las diferencias que se muestran*. No basta con esa premisa descriptiva —ciertamente indispensable— puesto que forzosamente se tiene que explicar y comprender aquello mismo que las diferencias encierran y ocultan.

Cabe que vayamos en procura de algunas precisiones a partir de una inicial pregunta relativa al porqué de la psicología diferencial en el ancho campo de la ciencia cuyo objeto es lo anímico. La respuesta surge prontamente si se reflexiona sobre el alcance y validez de las leyes en psicología humana. Así, desde el ángulo de apreciación que supone admitir la vigencia de *leyes nomotéticas* en psicología, resulta evidente que en esta disciplina tales leyes se presentan como conceptos límites que *no formulan más que el*

*margen de tolerancia respecto de las variaciones individuales.*

Lo característico de la vida es la *individuación* que se confirma precisamente por la autorregulación de la energía y el principio de homeostasis. Esto mismo que se pone de relieve en el orden vital se impone con igual o mayor fuerza en el orden psíquico humano, como lo muestra la psicología contemporánea y lo acentúan, por ejemplo, Lersch<sup>(67)</sup>, el holismo organicista de Goldstein<sup>(68)</sup>, la teoría biosocial de Murphy<sup>(69)</sup>, para nombrar solo a algunos autores de innegable valía.

Sin embargo, conviene no olvidar que las leyes de la psicología —basadas en la experiencia— son exponentes solo de *un grado de invariancia*, puesto que se cuenta siempre con que *en la misma realidad de la experiencia los individuos no realizan de igual modo las cualidades y propiedades codificadas.*

Esto lleva como de la mano a la necesidad de interpretar como distintas —pero no opuestas ni excluyentes— a la Psicología General y a la Psicología Diferencial, más bien hay que reconocer y admitir entre ambas una *complementariedad* que reafirma *la unidad a expensas de la diferenciación.*

Obviamente, mientras la Psicología General se ve constreñida (por su tarea) a la *indiferenciación* para formular sus leyes de tipo general, lo cual confirma su carácter nomotético, la Psicología Diferencial se 'ye llevada (por su tarea) a enfatizar la *diferenciación* para formular sus leyes de tipo específico, lo cual confirma su carácter más bien idiográfico, pero todo ello no supone excluir o rechazar la unidad que "desde dentro" imprime direcciones y sentido a las manifestaciones de la conducta.

¿Cómo ignorar o prescindir de esta unidad inabordable e inextirpable? ¿Cómo aceptar un saber referido a lo psíquico humano que omite ajustarse ceñidamente a esa *complementariedad* arriba mencionada?

Lo primero que surge es insistir sobre el carácter "yoístico" de la conducta que investiga el psicólogo, pero esto no parece ofrecer a las claves que las ya ensayadas y solo convincentes en parte, pues la conducta presenta también un carácter "nosístico". En consecuencia, parece complicarse el proceso de la pesquisa, o al menos no parece ser la *vía regia* deseada por cuyos carriles circuló la investigación de la llamada *Egopsicología*.<sup>(65)</sup>

Busquemos entonces otros caminos y preguntémonos si tal unidad implicada en la diferenciación y que confirman las mencionadas leyes no habrá de *emerger* si indagamos virando hacia la misma *esencia de lo psíquico.*

La investigación psicológica ha llegado a mostrar hoy que la experiencia humana en cuanto relación Yo-mundo configura un todo estructural y estructurante. <sup>(66)</sup> Sólo de allí pueden provenir los datos que, como procesos fenoménicos, permitirán la determinación de leyes. El saber acerca de lo anímico —científico o filosófico— reclama como base los



diversos usos y funciones de la experiencia, además de los diversos modos de entenderla. <sup>(67)</sup>

Esto permite distinguir, con relación a lo anímico, entre un saber científico experimental y un saber no experimental. Por razones ajenas a la psicología como tal se ha ido asociando lo experimental a lo científico, con la casi (míca excepción de las matemáticas cuyo rigor o estrictez descansa en la exactitud, por lo cual no siendo experimental siguió recibiendo, sin embargo, el nombre de ciencia.

En cuanto a lo filosófico, prevaleció el criterio de un radical distanciamiento entre la experimentación y la filosofía, por razones que ya hemos señalado al mencionar los resabios de la clásica metafísica y la desconfianza que ello creaba en los adictos a la ciencia en sentido positivista.

Pero cabe destacar la irrupción de las llamadas ciencias del espíritu en la acepción diltheyana y el papel asignado allí a la psicología como adecuada y única introducción. <sup>(68)</sup> Asimismo, cabe mencionar también la distinción entre disciplinas *nomotéticas* e *idiográficas*, introducida por Windelband, cuestión que respondía al propósito de fundamentar la Axiología pero que indirectamente significó también un aporte útil en el campo de la indagación psicológica. <sup>(69)</sup>

La diferenciación esencial entre lo nomotético y lo idiográfico puede verse, como hemos dicho, a través del concepto de ley. No es asunto para desarrollar aquí y ahora, pero si conviene reiterar que el carácter nomotético está dado por las leyes de "generalización", mientras que el carácter idiográfico está dado por las leyes de "individualización". <sup>(70)</sup> Si bien Dilthey no accedió a que lo idiográfico fuese rasgo definitorio de la psicología como ciencia introductora al espíritu, en virtud de que ella también requiere el use e intervención de leyes generales, su posición a este respecto es altamente sugeridora del papel de *lo personal* en materia psicológica, como surge con toda claridad en sus trabajos, sobre todo en los dedicados a la vivencia en el arte. <sup>(71)</sup>

Las afirmaciones anteriores sirven para indicar que no es suficiente el argumento de quienes han querido basar la oposición entre la psicología filosófica y la psicología científica apelando al distingo entre leyes cualitativas y leyes cuantitativas, argumentos que esgrimen algunos autores inspirados en el bergsonismo. Una mas penetrante visión del *mobilisme*, que responde a la inspiración de Bergson, llevaría sin duda a muy arduas especulaciones sobre el problema de la cantidad-cualidad <sup>(72)</sup> que echaría por tierra tales soluciones.

Lo anteriormente dicho apunta sobre todo a denunciar una insuficiencia, que es dable advertir en la frecuente argumentación de que, mientras la psicología filosófica solo daría cuenta de las leyes cualitativas respecto de lo anímico, la psicología científica lo haría en términos de leyes cuantitativas. Tales argumentos suelen aderezarse con referencias a

lo *intencional* propio de la conciencia y a lo *causal* propio del cuerpo, es decir, lo psicofisiológico de la conducta. Sin embargo, nada de esto tiene suficiente fuerza de convicción porque las argumentaciones caen por su base ante la necesidad de explicar la unidad de la conducta, más específicamente aun esa *unicidad* de la que habla Stern. Precisamente a él se debe la fórmula: *no hay estructura sin el estructurante* <sup>(73)</sup>, lo cual sirve para poner claramente de manifiesto dos ideas principales:

**A.** — La psicología de la forma —especialmente entendida en la dirección experimentalista— si bien pretendió superar las concepciones limitadas y erróneas del atomismo, no logró desembarazarse de supuestos "cosales", o como diría Merleau-Ponty, del "reduccionismo" de las formas anímicas a las físicas. <sup>(74)</sup>

**B.** — La psicología, aun en el estudio del comportamiento humano, no escapa jamás a la necesaria referencia a un yo, el cual debe ser entendido como algo más que mero centro de apoyo de la experiencia y si más bien como el organizador de toda la experiencia anímica, de sus significados para el mismo yo, de modo que *explicar* y *comprender* son las perspectivas adecuadas en la psicología de la personalidad. <sup>(75)</sup>

## VI

En este itinerario, que nos hemos obligado a transitar, el objetivo no fue otro que señalar las ventajas que reportaría a los estudios psicológicos un punto de vista conciliador -- mejor dicho integrador— entre lo científico (siempre adicto a lo experimental) y lo filosófico (siempre adicto a trascender toda experimentación). No insinuamos que se cierren los ojos ante una forzosa diferencia en cuanto a dos maneras de *hacer* psicología, simplemente ensayamos demostrar cuánto más congruente sería un *punto de vista omnicomprendivo* que entienda que las formas de acción (psicología de la conducta humana) solo se legitiman en nombre de la *unicidad* e *integración* (psicología de la personalidad) .

Las dos psicologías —decimos— serían distintas por el método, por la finalidad intrínseca a cada una de ellas, por la significación atribuible en el saber sobre lo anímico. Por el método, en sentido amplio, acusarían claras diferencias en cuanto a la adquisición, la sistematización de los registros y el tipo de leyes en que concluyen.

Por la finalidad intrínseca a cada una de ellas, se mostraría la tonalidad fuertemente *explicativa* de una y la tonalidad, acentuadamente *comprensiva* de la otra.

Por la significación atribuible en el saber sobre lo anímico, se verían en *complementariedad* una psicología de corte científico confiada en hallar amplios márgenes de previsión y seguridad explicativa, y otra psicología de corte filosófico confiada en el sentido existencial de la conducta y el margen de autonomía individual a modo de creatividad personal del *yo en situación*.

Las dos psicologías —agregamos— no serían opuestas en cuanto a concepción y evaluación de los procesos de conducta en función del hombre como ser altamente problemático. Para esto basta preguntarse dos cosas referentes al *sentido* que pueda tener el propósito de elucidar el dominio de la experiencia humana en la vía psicológica que a ella concierne.

1. — Los adeptos de la psicología denominada científica, por ejemplo, la psicología objetiva, la gestáltica, la hórmica, la profunda, etc., revelan hallarse inscriptos en un horizonte de inteligibilidad metacientífico. Es obvio que parten de un apriori respecto del hombre, la sociedad, el mundo.

2. Los adeptos de la psicología denominada filosófica, por ejemplo, la línea axiológica de Ruyer, la fenomenológica, la científico espiritual de Dilthey, Spranger, Nohl, las nuevas orientaciones que estrechan lazos con la filosofía existencial, de Biswanger, Boss, Ellenberger, etc., revelan ser testimonios harto evidentes del propósito de hacer descender la filosofía del cielo de las ideas puras, de las esencias descarnadas y concretar en cambio la psicología —provenga o no de la investigación terapéutica— en una sabiduría servicial para el hombre y sus problemas, su enfermedad, su inadaptación, pero sobre todo su *autorrealización* como ser existente, temporal e histórico en su propio mundo de situaciones vitales y conflictivas.

En las ya nutridas investigaciones sobre la personalidad nos encontramos con diversas teorías que abordan el problema sobre la base de supuestos y *parti pris*. No nos proponemos tratar las teorías para someterlas a comparación y evaluarlas en consecuencia. Aspiramos a situarnos en otro plano, si se quiere más allá o más acá del que configuran esas teorías, pues obvio es reconocer en el campo de esta disciplina la presencia de preconceptos y prejuicios, los cuales tal vez puedan ser desentranados si no en todo al menos en parte. Hay en tales estudios un gran número de investigadores que, explícita o implícitamente, exhibe el prejuicio antifilosófico. Inversamente, hemos notado en otros el prejuicio anticientífico.

Si se considera que la personalidad es reductible a su conducta, se abroquelada la investigación en el dominio fáctico, pero toda vez que preguntamos por *el sentido* de esa conducta para el Yo personal tal pregunta es desdeñosamente rechazada, sea que se la juzgue improcedente, sea que se la juzgue viciada de intención extracientífica. Si se niega que la personalidad sea reductible a la mera conducta y se afirma como centro un yo sustancial que ha de ser visto con independencia de las manifestaciones concretas, se suele desdeñar todo el aporte de la ciencia, con la consiguiente subestimación de las explicaciones en nombre de una intangible realidad inabordable con las categorías del saber positivo.

Lopez Ibor ha dicho: "es hora que en estos estudios se entienda que *no hay contradicción*

*intrínseca entre explicar y comprender".* (76) Sus incursiones en la Fenomenología, su formación en la nueva psiquiatría, lo han puesto en condiciones excepcionales para ver el problema que tocamos aquí; lo mismo puede decirse de Luis Maria Santos en sus trabajos orientados a la superación de todo criterio mecanicista en el dominio de la psicoterapia, la cual según él debe partir siempre de una visión de la personalidad en su autorrealización existencial. (77)

Si forzamos la oposición entre explicar y comprender, a favor de un mero explicar, nos vemos obligados a "cosificar" sin remedio, con los serios inconvenientes que esto acarrea por cuanto partimos del hecho de las diferencias de conducta y anulamos el sentido de tales diferencias en la tesitura del hombre en su situación. Si forzamos la oposición entre explicar y comprender, a favor de un mero comprender, nos vemos en el plano inclinado del intuir, o si se quiere del adivinar los motivos como si éstos no respondiesen a ley alguna, de aquí el serio inconveniente de no poder prever en modo alguno las manifestaciones de la conducta del hombre en su situación.

Consideramos que es ahora oportuno traer las palabras de un notable especialista como Pierre Janet, cuya actitud severamente científica no será en modo alguno puesta en duda. Dice, a propósito de lo que nos ocupa, lo siguiente: "Yo no habría hecho nunca labor psicológica si no hubiese actuado guiado por ideas filosóficas, que siempre son indispensables". (78)

## VII

En nuestro itinerario hemos buscado las ideas filosóficas "indispensables" para movernos en este laberinto de oposiciones y desvíos que afectan a los estudios de Psicología. Conforme al punto de partida (la relación sujeto-objeto) hallamos que una idea fértil para nuestro cometido era la de "subjetividad", entendida como conocimiento inmediato en la experiencia misma del Yo solidario con su mundo.

Veamos como encarar los entredichos en lo que concierne a la "objetividad" y la "subjetividad". El requisito de "objetividad" es desiderativo en todo saber científico y parece por esto mismo cuestionarse el carácter de ciencia —saber riguroso— a toda pretensión explicativa de la "subjetividad". Este fue el programa de toda psicología científica desde sus primeros inicios y culminó con la llamada "psicología objetiva", de donde se extraen francas confesiones de la necesidad de eludir conceptos, métodos, palabras, cuya resonancia o significación subjetiva es considerada de peligrosa acientificidad.

Con frecuencia se ha intentado mostrar lo filosófico como respuesta al "que" y lo científico como respuesta al "como", siempre respecto de un objeto, tema, situación. En el dominio de lo psíquico, entonces, una perspectiva filosófica apuntaría a desentrañar

"qué es lo psíquico" mientras que una perspectiva científica se dirigiría más bien a explicar "como es lo psíquico". Sin embargo, no vemos puedan esperarse grandes adelantos por este camino, pues si en un caso se trata del ser de lo psíquico, en el otro se trata de la manifestación fenoménica; pero todo ello encierra en el fondo la inoperante distinción entre esencia y existencia al modo del noúmeno y el fenómeno.

En psicología no advertimos las ventajas de este modo de enfocar el problema y si en cambio nos parece mucho más coherente y fecundo señalar que *el como se exterioriza en la conducta y el qué se oculta o encierra en la .conducta*. En cuanto se exterioriza, se objetiva pero no por ello se vacía de la dimensión subjetiva, pues no cabe olvidar que lo psíquico es complejísimo en su tramado y que jamás deja de ser "aquello vivido subjetivamente". De esta manera, nos enfrentamos nuevamente con la cuestión de la "objetividad" y la "subjetividad", pero ahora habrá que enfatizar la conversión del qué en un "quién". (")

Todavía persiste hoy la imputación de metafísica —como si fuese mala palabra— a todas las teorías que pretenden calar en la subjetividad. Pero lo grave es que también se anatematiza como filosófico "demasiado idealista" a todo plan investigativo centrado en la subjetividad. Una de esas ideas filosóficas indispensables, que reconocía haber seguido Janet, la hallamos hoy en la Fenomenología —como filosofía que se ha esmerado en probar hasta el cansancio que *poner algo en la "objetividad" es función constitutiva de la "subjetividad"*, de suerte que ambos términos corresponden a dos momentos polares que solo pueden coexistir en reciproca

Si los riesgos de toda psicología objetiva son los de cosificar lo anímico en el hombre, como muy bien señalaron los estudios críticos; los riesgos de toda psicología subjetiva son los de impedir una explicación universalmente válida de la conducta.

Se trataría entonces de analizar a fondo los supuestos semánticos que han seguido gravitando en términos como "objetividad" y "subjetividad", en detrimento de la psicología. El *desideratum* de "objetividad" viene cargado con significaciones adquiridas en la ciencia de la naturaleza y en la filosofía de la naturaleza. Pero la psicología humana hoy ha superado la concepción de base cifrada en el *homo natura*, incluso la psicología profunda que partió de este concepto, con Freud, ha dado pruebas de orientarse en otro sentido. <sup>(80)</sup> En suma, que la cuestión gira en torno a si es posible deslindar una "objetividad" en la conducta que no sea reductible a lo "cosal".

Las objeciones contra la "subjetividad" han provenido del mismo campo de la ciencia, imputándole o bien ausencia de validez universal, o sea una no ley, o bien presencia de lo metafísico y teológico, o sea una ciencia. Pero la psicología humana hoy ha dado repetidas muestras de superar aquella idea de la "subjetividad" cifrada en los supuestos del hombre interior <sup>(81)</sup>, como lo revelan las investigaciones llevadas a cabo por las

técnicas proyectivas. En suma, que la cuestión gira en torno a si es posible deslindar una "subjetividad" nítidamente psicológica revelable en la conducta.

Ya hemos abundado en consideraciones de cariz filosófico que nos han llevado a un principio sumamente esclarecedor para nuestro tema y que reiteramos ahora con renovado énfasis: *poner algo en la "objetividad" es función constitutiva de la "subjetividad"*. Corresponde entonces mostrar qué ha adelantado la psicología en este mismo sentido. También en este dominio del saber hallamos una suerte de premisa fundamental que concretamos de la siguiente manera: *imposible formalizar una psicología humana sin la interiorización del estímulo, condición inexcusable para que el ser viviente se convierta en sujeto*.

Para interpretar afinadamente cualquier área de la psicología humana es menester no olvidar esta premisa que en verdad significa una suerte de inversión copernicana en los esfuerzos por conocer lo anímico en el hombre, su conducta y su personalidad. Indudablemente siempre se pueden establecer méritos y, en este caso, honesto es confesar que el mayor mérito en este orden de cosas debe atribuírsele al "punto de vista personalístico", llevado al máximo por William Stern y que campea hoy en la psicología general sistemática y, obviamente en la psicología de la personalidad que sigue sus huellas, como por ejemplo la de su discípulo Gordon Allport y aun en otros liberados del "cosismo" tan antifilosófico como restrictivo.

Es indiscutible que únicamente cuando actúa la "presencia psíquica" y únicamente por el "modo de actuar" de tal presencia —incluso en accesión inconciente— se *pasa del organismo al sujeto*. Esto resulta evidente hasta en la profusa investigación psicoanalítica mediante el concepto de *internalización*, y que en posiciones actuales de la psicología profunda, como por ejemplo en los análisis de Igor Caruso, llega a definirse como proceso de *personalización*.<sup>(82)</sup>

Las más recientes escuelas dinámicas —advierte Scarpellini— han aplicado este concepto de "subjetividad" al estudio de la personalidad porque progresivamente han caído en la cuenta de que el ser físico del objeto o de la estimulación, su presencia, ya sea simplemente observada o impuesta por el experimentador, no significa todavía su funcionalidad de objeto respecto al sujeto. <sup>(83)</sup>

Igual afirmación, nos parece, podría hacerse a modo de alerta a las escuelas dinámicas de la *Gestalttheorie*, pues las experiencias del *insight* —animal o humano-- o las del *Erlebniss* —vivenciar animal o humano—, aunque sean descriptas e interpretadas en los términos de la psicología objetiva y conforme a muy diferentes modos de construcción, desde el punto de vista que exponemos aquí son reveladoras de "la experiencia crucial de la subjetividad". <sup>(84)</sup>

Estamos ahora en condiciones de afirmar que, frente a los señalados intentos de una

psicología ufana de "objetividad" —que abarca desde la reflexología y el conductismo hasta numerosas investigaciones experimentalistas de la forma— vuelve hoy por sus fueros una psicología de la "subjetividad". Pero eso sí, los términos ya no pueden tomarse como escudos para recaer en imputaciones desdorosas, de suerte que hoy no se excluyen como réprobas la heurística *explicativa* y la *comprensiva*, las cuales siendo diferentes pueden y deben integrarse.

Indudablemente, no se nos escapa que todavía persisten enfrentamientos y hasta polémicas acres, pero la misma marcha de la investigación se muestra apta para limar toda aspereza. En tal sentido, nos Basta —por ahora— señalar con énfasis que *sin subjetividad no hay psicología alguna*, por más argumentos que se quieran esgrimir en favor de lo objetivo. En rigor, lo objetivo, como lo observable en la conducta y explicable según constantes verificadas, requiere ser puesto en acción o sea desencadenar los *motivos* a través de estos o aquellos mecanismos. Pero *la puesta en conducta es siempre función de la subjetividad*.

#### Notas

(\*) Profesor titular de la cátedra Psicología Diferencial de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Profesor titular en el Instituto Nacional Superior del Profesorado de Buenos Aires.

1. HARTMANN, N.: *Metafísica del conocimiento*. Ed. Losada. B. A., ver tomo I, cap. IX y tomo II, cap. XLII.
2. Este concepto circula con holgura en la posición fenomenológica y no es ajeno a las numerosas indagaciones en torno al *encuentro* entre dos términos de implicación recíproca. Puede verse formulado con significación psicológica en los trabajos de F. J. J. BUYTENDIJK, especialmente en *Attitudes et Mouvements*; en R. LACROZE con significación antropológica en su breve ensayo *La Rencontre*, Ed. Des. de Brouw. En nuestra exposición, que gira en torno a "la unidad y la diferenciación", está tornado en la significación que surge en E. SOURIAU cuando este ensaya demostrar las relaciones y combinaciones que se entablan a partir de posiciones tan diversas como las de un *monisme ontique et pluralisme existentiel* y las de un *pluralisme ontique et monisme existentiel*. Para este enfoque véase la obra *Les Différents Modes d'Existence*, cap. I, Ed. P. U. F.
3. MERLEAU-PONTY, M.: *Le visible et l'invisible*. Ed. Gallimard de la N. R. F. Ver especialmente las meditaciones sobre "la fe perceptiva y su obscuridad" y sobre el hecho de que "la ciencia supone la fe perceptiva y no la ilumina". Pueden señalarse algunas aproximaciones a G. SANTAYANA, quien en *Escepticismo y Fe animal*, Ed. Losada, B. A., caracteriza el conocimiento humano, a nivel de esta experiencia posicional, como "fe animal por medio de símbolos".
4. Sabido es que el concepto de "intencionalidad" fue incorporado a la psicología contemporánea por mediación de F. BRENTANO, pero fue Ed. HUSSERL quien al fundar la Fenomenología habría de llevar esta psicología intencional a un *status* singularmente relevante, distinguiendo con

precisión entre los planos correspondientes a una "psicología, fenomenológica" y a una "filosofía" que por su esencia y método es llamada Fenomenología. Conforme a lo que enunciamos aquí respecto a una posible psicología filosófica *in status nascendi*, advertimos que ella puede fundamentarse si se sigue el programa husserliano, sobre todo por las consecuencias que se derivan de dos obras de este autor, a saber *Ideas...* (1913) y *La Crisis de las Ciencias Europeas y la Fenomenología Trascendental* (1936-7). Esta última obra reviste importancia fundamental para el tema sugerido por nosotros y el libro nació con la cuestión de la crisis de las ciencias y la psicología. La parte B de la obra lleva por título "La vía de acceso a la filosofía trascendental fenomenológica a partir de la psicología", y aunque no sea en estricto sentido husserliano nuestro tema apunta en cierta medida a la misma cuestión. Citamos por la edición italiana *Il Saggiatore*, Milan, 1961.

5. Denominación de la corriente psicológica conocida como "escuela de Würzburg", contando con figuras de la talla de O. Külpe, quien se destacó en dos campos: la psicología experimental y la filosofía. Külpe, que había sido ayudante de Wundt, estimuló grandemente a psicólogos como A. Mayer, J. Orth, N. Ach, K. Marbe y K. Bühler, quienes pasaron a ser conocidos como los psicólogos de Würzburg o de la *Denkpsychologie*. Oswald Külpe, que era kantiano, procuró conciliar lo experimental con lo filosófico y en materia de psicología aceptaba la integración de los métodos de introspección y extrospección. Esta corriente se dedicó en su primera, etapa a la investigación experimental del pensamiento a fin de resolver la cuestión de si hay o no hay "pensamiento sin imágenes". En su última etapa esta corriente psicológica buscó integrar los aportes de esta ciencia con la filosofía, planteándose el problema de las "diferentes posibilidades de *posición* de lo real" y en sus análisis mostró acercarse en parte al programa de la Fenomenología sin sujeción al método de esta.

7. PALIARD, J.: *La pensée et la vie*. Ed. P. U. F. Ver especialmente Parte III, titulada "Psychonoématique". Cfr. del mismo autor *Perception et pensée implicite*, Ed. P. U. F., 1951.

8. SPEARMAN, C.: *Psychologie down the Ages*, Ed. Mc Millan, London, 1937.

El movimiento de la psicología antropológico-existencial se muestra en todo su vigor actualmente y nos basta señalar como claves, por un lado, la obra de Ph. LERSCH, *Estructura de la Personalidad*, Ed. Scientia, y por otro, la preponderancia que tal posición teórica asume en la esfera aplicativa, por ejemplo, en Psicoterapia tal como puede verse en los trabajos de J. J. Lopez Ibor, Luis María Santos, Ludwig Biswanger, etc. Una obra de singular mérito en esta tarea de renovación es la que lleva por título *Existencia* (Nueva dimensión en Psiquiatría y Psicología), de varios autores, entre los que destacamos a Rollo May en sus "contribuciones a la psicoterapia existencial", cap. II, Ed. Gredos, Madrid, 1967. Otra obra digna de ser mencionada para conocer la significación actual de la psicología antropológico-existencial es el libro de V. E. von GEBSATTEL, *Antropología Médica*, Ed. Rialp, Madrid, 1966.

9. Ver especialmente *Logique et connaissance scientifique*, tomo dirigido por Jean Piaget. Consúltese la parte referente a la psicología, realizada por Pierre Greco, dentro del capítulo destinado a la Epistemología de las ciencias humanas. Ed. Encyclopedic de la Pléiade, Gallimard, 1967.



10. SCARPELLINI, C.: *Cuestiones de Psicología*, dirigida por Leonardo Ancona, ver cap. I, Ed. Herder, España, 1966.
11. MERLEAU-PONTY, M.: *La structure du comportement*, Ed. P. U. F., 949. Ver especialmente cap. III. Hay traducción española, Ed. Hachette, B. A.
12. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada.
13. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada.
14. TILQUIN, A.: *Le Behaviorisme: origine et développement de la psychologie de reaction en Amérique*, Ed. Vrin, 1950. Obra fundamental para comprender el nacimiento del behaviorismo, sus postulados, sus nexos con el pragmatismo, con la *Gestalttheorie* y la psicología francesa del siglo XX.
15. La concepción behaviorista en su iniciador Watson es una trasposición de la Reflexología al piano de investigación psicológica urgido por resolver el problema de la adaptación al medio, asunto candente en un mundo cuyo eje pass por los puntos de apoyo de la sociedad industrial. Esto en cierta medida explica la importancia que ha tenido en la "psicología del aprendizaje" que ha sido el constante acicate para su interna evolución. Se pueden señalar como mas importantes las siguientes etapas: a) el conductismo de Watson, b) el behaviorismo radical estrictamente fisiológico de Kuo, c) el behaviorismo de Mayer basado en el dualismo psicofisiológico y tendiente a fundamentar en la actividad instintiva los procesos mentales y conativos, d) el behaviorismo llamado deductivo de Huss, que se basa en el comportamiento adaptativo, e) el behaviorismo biosocial de Weiss. A partir de este proceso comenzó la renovación de la doctrina por adopción definitiva del principio "molar". Esta renovación adquirió cierta autonomía gracias a la incorporación de los principios de la *Gestalt* a través de cuyo esfuerzo de integración surgieron el behaviorismo orgánico de Kantor, el behaviorismo molar y teleológico de Tolman, el behaviorismo operacional, en boga hoy sobre los progresos logrados por Kantor, Stevens, Tolman y Tilquin.
16. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada.
17. KOFFKA, K.: *Principles of Gestalt Psychology*, págs. 378 y siguientes. Citamos por la edición de Londres de 1936; hay edición de N. York de 1936 y traducción al castellano Ed. Paidós, B. A., 1953.
18. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada.
19. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada.
20. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada.
21. ANDREWS: T. G.: *Méthodes de la Psychologie* (trad. al francés). Ed. P. U. F., 1952. Ver especialmente tomo II, págs. 565 y siguientes.
22. KOFFKA, K.: Obra citada.
23. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada.
24. Sobre esta cuestión de la "inteligibilidad inmanente" véase F. J. J. BUYTENDIJK, *Traité de Psychologie animale*, Ed. P. U. F., 1952, especialmente Introducción y cap. XI. Puede consultarse también a R. RUYER en *Du vital au psychique* que figura en el tomo *Valeur Philosophique de la Psychologie*, P. U. F., 1951. De este mismo autor vease *Les conceptions nouvelles de l'instinct* en N<sup>o</sup> 96 de "*Le Temps Modernes*", 1953. En sentido muy general coinciden con esta noción H.

DELACROIX, A. BURLOUD y M. PRADINES.

25. El papel importantísimo conferido a la "función mnémica" ya fue tema destacado en los autores tradicionales que hablaron de "memoria orgánica", por ejemplo H. VASCHIDE, H. PIERON, etc. Pero el concepto asume otra significación desde el momento en que aparecen el psicoanálisis, por una parte, la psicología hormonal y la biológica (francesa) por otra. Puede verse al respecto G. DWELSHAUVERS, *L'étude de la pensée*, Ed. Téqui, especialmente caps. IX y X. Además, se ha destacado el papel de base de esta función en los estudios de la memoria que dieron lugar a la teoría del "neurograma" y del "engrama", sobre el particular puede verse DERMOT M. CASEY, *La théorie du subconscient de Morton Prince*, P. U. F., 1940. Sobre el concepto de esta "mneme" primordial se habría de construir ese campo de investigación psicológica que en la actualidad se denomina "Regimen de la Adquisición" donde vemos coincidir en general a behavioristas, gestaltistas y fisiólogos. Es importante señalar que hay una notable identificación en cuanto a la interpretación de la "función mnémica" en autores como RUYER, PRADINES, BURLOUD, cuyos conceptos es interesante comparar con los de W. STERN y continuadores de la "personalista", por un lado, y con los de K. GOLD-STEIN y continuadores de la "organística", por otro. Una buena información sobre nuevos estudios acerca de la memoria realizados a nivel de la Neurofisiología, proporciona H. EY en *La Conciencia*, Ed. Gredos, 1967.

26. BUYTENDIJK, F. J. F.: Obra citada. Ver también MERLEAU-PONTY, M., obra citada, cap. III.

27. BUYTENDIJK, F. J. J.: Obra citada. Ver también MERLEAU-PONTY, M., obra citada, cap. III.

28. Ambos problemas han sido largamente debatidos y configuran lo que se ha dado en llamar "la cuestión crítica" de la psicología. Sabida es la polémica entre corrientes "objetivas" e "introspectivas". En otro orden de ideas y concepciones es interesante ver el enfoque realizado, en el plano de la investigación psiquiátrica, por H. EY, *La Conciencia*, Ed. Gredos, 1967, quien apela a las nociones de "estructuración" y "deestructuración" para exponer bajo otro cariz "la cuestión crítica" que se configura entre lo consciente y lo inconsciente.

29. Esta noción es sostenida por quienes coinciden en la primacía del todo sobre partes. La concepción "molecular" ha permanecido aferrada al esquema del causalismo fisicalista (propio de la macrofísica), mientras que la concepción "molar", a través de sus distintas formulaciones, presenta el carácter opuesto, lo cual da bases para conciliar la explicación causal y la significación teleológica. De aquí el gran paso dado incorporando la noción de *valor* en la interpretación de la conducta, cosa que a su vez trajo discrepancias en el seno de la psicología, pues ésta se vio envuelta en la maraña de argumentos emergentes en el dominio de la Axiología. Pero podemos señalar notables progresos en cuanto a deslinde y conexión entre ambos planos, especialmente en las hoy llamadas "ciencias del hombre" donde se ha impuesto el trabajo interdisciplinario. Para ésta interconexión entre lo axiológico y lo psicológico, vease la interesante posición de R. POLIN en *La création des valeurs*, Ed. P. U. F., 1944, y *La compréhension des valeurs*, Ed. P. U. F., 1945.

30. Cfr. KOFFKA, K., obra citada. Cfr. GUILLAUME, P., *Introduction a la Psychologie*, Ed. Vrin, 1946, ver especialmente cap. V y *Psychologie de la Forme*, Ed. Flammarion, 1937. Cfr. MERLEAU-PONTY, M., obra citada. Cfr. BUYTENDIJK, F. J. J., obra citada.

31. KOFFKA, K.: Obra citada.
32. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada. Cfr. también GUILLAUME, P., obras citadas.
33. KOFFKA, K.: Obra citada.
34. Estos tres "campos" permitieron, según la teoría de la forma, una visión organizada (*configuración*) del funcionamiento total del psiquismo. La sistematización se basa en la ley del *isomorfismo* que, como es sabido, pasó a sustituir a la ley del *paralelismo*, véase GUILLAUME, P., obras citadas. Posteriormente MERLEAU-PONTY, M., en *Structure de comportement*, cap. III, demostró que tal teoría de la forma está construida sobre la categoría de *identidad*, lo cual la pone en el plano inclinado del "fisicismo", o del "reduccionismo" decimos nosotros. •
35. Cfr. KOFFKA, K., obra citada. Cfr. MERLEAU-PONTY, M., obra citada. Cfr. GUILLAUME, P., obras citadas.
36. BONOURE, L.: *L'autonomie de l'être vivant*, Ed. P. U. F., 1949, ver especialmente caps. I y II. Cfr. MERLEAU-PONTY, M., obra citada, especialmente cap. III.
37. BONOURE, L.: Obra citada, ver especialmente cap. XI y Conclusion.
38. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada, ver especialmente cap. III.
39. Cfr. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada, ver especialmente en cap. II la explicación sobre "comportamiento superior". Cfr. también KRUEGER, F., *La totalidad psíquica*, Ed. F. F. y L., B. A., 1945.
40. Puede advertirse la dificultad con que tropiezan a este respecto las teorías sobre los valores que se oponen como "subjetivismo" y "objetivismo". Ya hemos mencionado como interesante la posición que tiende a superar tales antagonismos en las obras de POLIN, R., *La compréhension des valeurs*, P. U. F., 1945, y *La création des valeurs*, P. U. F., 1944.
41. Cfr. TILQUIN, A.: Obra citada. Véase también DAVAL y GUILLEMAIN, *Psychologie*, especialmente tomo I, sección 4. Ed. P. U. F., 1945.
42. DILTHEY, W.: *Psicología y Teoría del Conocimiento*, Ed. F. C. E., México, 1945. Ver el ensayo de 1894, "Ideas acerca de una psicología descriptiva y analítica".
43. Este es uno de los sentidos a destacar en el proceso de *interiorización* que también ha puesto de manifiesto la psicología profunda. Ver especialmente CARUSO, I., *Bios, Psique, Persona*, Ed. Gredos. Por lo demás, ya la "Psicología Individual" de Alfred Adler se mostró muy flexible y apta para tal concepto. Tendiendo un importante nexo con la Caracterología, la obra de FORTI, E., *L'emotion, la volonté et le courage: étude caractérolgique*, Ed. P. U. F., 1952, especialmente en la parte segunda, es significativa por su propósito de correlacionar los tipos de la caracterología de Le Senne con los conceptos centrales de la posición adleriana. Por otra parte, tema similar fue el que elevamos, entre otros, al Primer Congreso de Psicología de Tucumán, en comunicación sobre las nuevas perspectivas que se abren en la investigación de la Emotividad conforme a la integración del explicar y el comprender.
44. KOFFKA, K.: Obra citada. Véase también MERLEAU-PONTY, M., obra citada, parte III.
45. KOFFKA, K.: Ídem.
46. RUYER, R.: *Du vital au psychique*, Simposio sobre "Valeur Philosophique de la Psychologie", Ed. P. U. F., 1951.

47. RUYER, R.: Obra citada.
48. PRADINES, M.: *Traité Générale de Psychologie*, P. U. F., edición de tres tomos. 1943-46. En la vida psíquica se configurarían tres planos: automatismo, memoria, pensamiento. Cfr. También GRAPPE, J., *La genèse réciproque*, P. U. F., 1949.
49. RUYER, R.: *Les conceptions nouvelles de l'instinct*, en "Le Temps Modernes", N° 96, 1953.
50. LAGACHE, D.: *L'unité de la Psychologie*, P. U. F., 1949.
51. ANDREWS, T. G.: Obra citada.
52. Cfr. GUILLAUME, P.: Obra citada. Ver también MERLEAU-PONTY, M., obra citada.
53. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada.
54. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada, ver especialmente cap. III. Cfr. también GUILLAUME, P., obra citada.
55. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada.
56. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada. Advuértase que aquí "realidad" se refiere a instancia ontológica.
57. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada.
58. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada.
59. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada. Cabe advertir que cuando este autor usa aquí el término "realista" no se refiere a la realidad fenoménica, sino que lo usa en el sentido de "realidad" tal como lo toman las concepciones materialistas. Así lo hace notar con énfasis DE WAHLENS, A. en *Une philosophie de l'ambigüité*, Ed. Lovaina, 1951.
60. Sobre *Psicología Diferencial*, véase el libro de ANASTASI, A., Edic. Aguilar, 1964, uno de los más completos en la bibliografía actual. Esta rama de la investigación quedó firmemente establecida por la obra de W. STERN titulada *Über Psychologie der individuellen Differenzen* (1900). Pero tal afirmación vale solo en cuanto a la determinación del *status* de esta disciplina, pues desde la más remota antigüedad filósofos, ensayistas, dramaturgos y psicólogos han puesto de relieve el significado de las diferencias individuales en las manifestaciones del hombre. Desde un punto de vista científico, puede decirse que los antecedentes se remontan a los trabajos de QUETELET (1796-1874) sobre cuyas bases siguieron los estudios de GALTON (1822-1911). Este procuró interpretar la distribución de algunos fenómenos en la curva de Gauss, con lo cual se inició el camino de los métodos estadísticos por mediación de Pearson, Fischer, Spearman, Catell, Binet y otros. Por consiguiente, se puede formalizar la siguiente metodología en el dominio de la psicología diferencial: la estadística y la dinámica. La primera metodología hace de esa disciplina un campo de constante interconexión con todos los aspectos que corresponden a la psicometría, al auge de los *tests*, a la psicología factorial, etc. La segunda metodología hace que esta disciplina mantenga forzosamente estrecha conexión con los estudios de antropología y psicología social. En este orden dinámico ocurre que las determinaciones de *lo diferencial* concluyen por abonar sobre todo el campo de la psicología de la personalidad. Así vemos que, antes de iniciarse el siglo xx, la psicología diferencial empezó a tomar ya una fisonomía que la aproximaba a lo que posteriormente se llamaría "la personalística". En efecto, corría el año 1895 cuando BINET y HENRI publicaron un artículo titulado *La psychologie individuelle* en "Année

Psychol." donde señalaban dos principales centros de interés para la investigación: uno, "la naturaleza y alcance de las diferencias individuales en los procesos psicológicos", otro, "las interrelaciones de los procesos mentales en el individuo de forma que se pueda llegar a una clasificación de rasgos. ..." En sentido programático puede señalarse la aparición de STERN en el paso que va de la psicología diferencial a la de la personalidad. El libro de STERN antes citado tuvo, después de 1900, otras dos ediciones revisadas y enriquecidas, una en 1911 y otra en 1921, bajo el título *Die Differentielle Psychologie in ihren methodischen Grundlagen*, donde los temas ya se perfilan en un sentido que denuncia la posición personalística.

61. Apelamos a este neologismo que es traducción del término inglés *uniqueness*, el cual expresa muy bien dos significaciones sumamente útiles en este contexto, a saber: *Unidad y único*.

62. LERSCH, PH.: *La estructura de la personalidad*. Ed. Scientia. Ver especialmente la relación íntima entre *vida y vivencia*, así como el concepto de *circuito funcional de la vivencia*.

63. GOLDSTEIN, K.: *La structure de l'organisme*, Ed. Gallimard, N. R. F. Ver especialmente cap. I y el concepto de *igualación* o tendencia a nivelar la energía distribuida en el organismo.

64. MURPHY, G.: *La personalidad*, Ed. Centro de Est. Polit., Madrid, 1965. Ver especialmente "los tres grados de complejidad" que, según el autor, presentan los problemas de la personalidad en su paso de lo vital a lo psíquico y a lo social.

65. Denominación que se aplicó en particular a todo el movimiento de la psicología de las profundidades del yo. En especial se ha usado como nombre para calificar las interpretaciones de la personalidad humana en la línea psicoanalítica o psicodinámica del yo. Es denominación frecuente en la actualidad para señalar la oposición a la "personología" y la superación que significa el *Deseinanalyse* frente al planteamiento del Yo como encerrado en la conflictualidad que crean el Ello y el Super Yo.

66. Se debe a W. STERN la feliz fórmula *Keine Gestalt ohne Gestalter* (ninguna estructura sin el estructurante o estructurador) con la cual se opone a las pretensiones de la *Gestaltpsychologie* en el sentido de la necesidad de un sustrato individual sobre el que se destaque el juego de figura y fondo que se presenta en la conciencia.

67. Cfr. SCARPELLINI, C.: Obra citada.

68. Cfr. DILTHEY, W.: Obra citada.

69. CHESA-BIANCHI, M. *Cuestiones de Psicología*, ver cap. "La Personalidad" en obra dirigida por Leonardo Ancona. Ed. Herder, España, 1966.

70. Cfr. RICKERT, H.: *Ciencia Cultural y Ciencia Natural*, Ed. Espasa-Calpe. B. A. (71) 71. Cfr. DILTHEY, W.: Obra citada. Véase también *La Poética y Vivencia y Poesía*, Ed. Losada, B. A. y F. C. E. México.

72. Aludimos aquí a la actual revisión que se realiza en los investigadores franceses acerca del libro tan discutido de Bergson *Duree et Simultaneité*, que en su momento produjo polémicas relacionadas con la interpretación de la teoría einsteiniana de la relatividad.

73. Ver también cap. I de la obra de W. STERN *Psicología General desde el punto de vista personalístico*, Ed. Paidós, B. A.

74. MERLEAU-PONTY, M.: Obra citada. Ver también ANCONA, L. Obra citada.

75. Cfr. SANTOS, L. M.: *Dilthey, Jaspers y la comprensión del enfermo mental*, Ed. Paz Montalvo, Madrid, 1955. Ver también Prólogo de J. J. Lopez Ibor.
76. Cfr. LOPEZ IBOR, J. J.: *La angustia vital*. Véase también Prólogo al libro arriba mencionado.
77. Cfr. SANTOS, L. M.: Obra citada. Véase también del mismo autor *Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial*. Ed. Seix Barral, Madrid, 1966.
78. JANET, P.: Referencia a Janet recogida en ZUNINI, G. *Psicología*, pág. 241, Ed. Brescia, 1958.
79. EY, H.: *La conciencia*. Ed. Gredos, 1967. Ver especialmente Parte III "El Yo o el ser consciente de si mismo".
80. Cfr. CARUSO, I.: Obra citada. Ver especialmente Cap. I donde, a través del análisis de seis etapas de la psicología profunda, el autor termina por caracterizar a las últimas orientaciones como "ciencia de la personalización progresiva". Tal es también la posición de ADOLF PORTMANN con su concepción de la "interioridad del bios".
81. Esta noción del "hombre interior" es clásica, sobre todo en las líneas de la filosofía que responden al pensamiento agustiniano. Cfr. MERLEAU-PONTY, en obra citada y en *Signos*, Ed. Seix Barral, donde argumenta de modo negativo contra la tesis del "hombre interior". Esto no implica en modo alguno contradicción con la posición fenomenológica existencial que constituye el plan de *Fenomenología de la percepción*, Ed. F. C. E. México.
82. CARUSO, I.: Obra citada. Ver especialmente Cap. I.
83. SCARPELLINI, C.: Obra citada.
84. SCARPELLINI, C.: Obra citada.